LECCIONES FAMILIARES

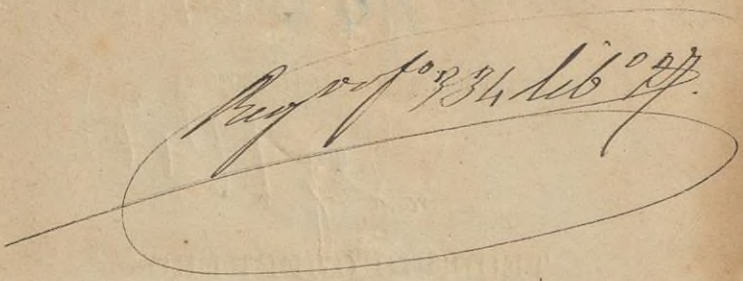
PÁGINAS MORALES EN PROSA

POR

TEODORO GUERRERO

CUARTA EDICION

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
Isabel la Católica, 23
1876



Es propiedad de su autor.

L47-2443

1861

A MIS PADRES—A MI ESPOSA—A MIS HIJOS

Inspiradas estas PÁGINAS *por el amor de la familia, las consagré á los séres que para mí encierran las memorias queridas de lo pasado, las dichas inefables de lo presente, las halagadoras esperanzas de lo porvenir.*

TEODORO GUERRERO.

Madrid, Junio de 1876.

UN LIBRO DE ORO PARA LA NIÑEZ.

PRÓLOGO [1].

No vamos á escribir un juicio crítico; esto no es más que algunas líneas inspiradas por la lectura de la preciosa obra titulada *Lecciones familiares*, del elevado, tierno y moral escritor D. Teodoro Guerrero; queremos encarecer á los padres de familia, y en particular á las madres, que cuidan más de cerca de la educacion de los niños, la adquisicion de este libro, el más puro, el más útil y el más elocuente que se ha escrito para esa amable generacion, ansiosa de sentir y ávida de conocer.

---

(1) Este no es un prólogo escrito *ad hoc;* es un prólogo cortado con una tijera. No he arrancado de los periódicos de Cuba el juicio crítico de Luisa Perez de Zambrana porque sea ésta una de las más celebradas escritoras de aquella tierra, ni porque juzgue benévolamente mi libro; otras inteligencias tan superiores lo han honrado con su favorable opinion; pero en el trabajo de Luisa Perez se revela el criterio de la mujer y el corazon de la madre; y como escribo para la familia, más que el canto inspirado de la musa, busco para mi libro el juicio de la mujer y de la madre.

T. GUERRERO.

Blair dice que no se edifica sin persuadir, y que no se persuade sin agradar; y hé aquí lo que ha sabido hacer con admirable acierto el autor de este bellísimo libro.

¡Qué lenguaje tan dulce y tan insinuante! ¡Qué ternura! ¡Qué cautivadoras pinturas del bien! ¡Qué perfume de sensibilidad se respira en todas sus páginas! Y sobre todo, ¡qué moralidad tan límpida!

Su diccion, copiosa y fácil, corre semejante á esas aves que cruzan el aire sin mover las alas; y sin embargo, ¡qué profunda huella deja en el corazon!

El Sr. Guerrero posee en todas sus obras el dichoso don de instruir y conmover. ¡Cuán bien piensa, siente y expresa! Su elevado estilo, lleno de precision y de riqueza al mismo tiempo, hace nobles los objetos más triviales, comunica grandeza á los más débiles, y presta nuevos encantos á los más sencillos.

Sus palabras, llenas siempre de pensamientos, vienen, como dice Boileau, sin ser llamadas, y sus altos conceptos iluminan el espíritu como destellos espléndidos. No se halla en su locucion esfuerzo ni oscuridad; sus ideas, sus imágenes, sus sentimientos, surgen de su pluma con incomparable naturalidad. La armoniosa suavidad de sus frases, en nada altera la

pureza y claridad del lenguaje; se las podria comparar á esas algas que corren sobre las ondas sin turbar su diáfana trasparencia.

El Sr. Guerrero escribió un libro en verso, *Lecciones de mundo*, dedicado tambien á la niñez, objeto de su incesante solicitud; nada más puro, más hermoso y más ingénuo que este libro tan popular hoy en Cuba; las flores de la más acendrada virtud resaltan en el fondo, y los colores del arco-íris visten la forma. Cada máxima es una perla que debe recoger el corazon de la infancia con sedienta avidez. ¡Tal es el atractivo, la belleza y la verdad de este compendio de exquisita y santa moral!

La obra por excelencia de este escritor es sus *Cuentos de salon*, trazados en forma de novelas. El talento de narrar, dice un autor, es el más agradable de todos los talentos; pero tambien es el más raro, aunque todo el mundo crea poseerlo. Este talento lo posee el Sr. Guerrero en grado eminente. ¡Qué maravillosa facilidad para imaginar un hecho fecundo y dramático! ¡Qué gracia! ¡Qué interés! ¡Qué verdad! ¡Qué conocimiento de la naturaleza moral! ¡Con qué pulso tan seguro aparta los velos del corazon humano! ¡Con qué luz tan pura alumbra sus sombras! ¡Qué tesoros de reflexion! ¡Qué riqueza de suaves y elevadas enseñanzas! Y despues

de todo esto, ¡qué coloridos tan risueños! ¡Qué toques tan dulces! ¡Qué luz y qué brillo de formas!

Los *Cuentos de salon* tienen por objeto el culto de la familia: el autor se detiene con embeleso en las pinturas del hogar doméstico, y entonces brota su exposicion «como la flor de su tallo,» y se exhala de su pluma un perfume que penetra, con inefable delicia, en el alma del lector. Con una poderosa abundancia de ideas, con un copioso manantial de sentimiento, con una incomparable mágia de estilo, pinta las dulzuras de la familia, sin cuya ternura carece la vida de encanto y significacion; y entónces habla con esa conmovedora elocuencia que surge del corazon y que encadena las simpatías de todas las almas tiernas.

El Sr. Guerrero es, sobre todo, un gran moralista; ha reflexionado profundamente sobre las cosas humanas, y las páginas de sus obras rebosan una severa filosofía que deja oir su voz bajo los primores del estilo, como esas aguas que suenan bajo toldos de flores. Censura el mal con colores enérgicos; pinta la virtud con un pincel patético; presenta cuadros de embelesadora pureza. Por eso sus obras serán siempre monumentos de inmaculada moralidad.

Mas volvamos á las *Lecciones familiares*, ob-

jeto principal de este artículo, pues queremos trascribir aquí algunos de sus delicados párrafos.

El autor abre su libro con un corto razonamiento á los padres de familia, lleno de distincion y de solidez. Dice:

«Saber es tener: hé aquí un axioma indisputable.—El hogar paterno, el aula, el teatro del mundo: ahí están desarrolladas las grandes escenas de la vida. Reir primero, llorar despues, gozar y sufrir al término de la jornada: la ignorancia del valor de las pasiones, aprender á conocerlas, combatir la furia de sus embates: esa es la historia del linaje humano.»

Despues de este exordio, que cautiva el espíritu y el corazon por su instruccion y por su verdad, sigue *El Código moral*, dedicado á su interesante y virtuosa consorte. Nada más sencillo, más puro, ni más afectuoso que este capítulo encantador; todo en él es amor, dulzura y virtud; despues de concluida su lectura, los pensamientos y las palabras quedan sonando todavía en el alma, como una melodía santa, y se repiten involuntariamente estas frases:

«En tus manos, mi dulce compañera, deposito este libro. No temas al porvenir; nuestros hijos serán buenos, porque su corazon está confiado á tu religiosa guarda y su inteligencia á mi severo instinto. La constancia lo vence todo; el amor y el sentimiento del deber nos impulsan á consagrarnos á esos hijos de cuyas acciones somos responsables. ¡El porvenir es nuestro!»

Con el capítulo titulado *Los Libros*, que dirige á su pequeño Teodoro, principia la série de lecciones á sus hijos. El Sr. Guerrero, lleno de talento y erudicion, comunica, no obstante, sus conocimientos á los niños con tal suavidad de voz, que se podria decir que estos toman la fruta sonriendo.

Empero no por eso pierden las ideas del escritor nada de su fuerza y de su nobleza: ilumina el sendero de la verdad con una luz pura y brillante, y embelesa el entendimiento y el corazon con cuadros llenos de dulzura y de armonía, en cuyo fondo resalta siempre la grandiosidad divina.

El capítulo *Los Libros* hace sumo honor á su autor, tanto por la uncion y por los preceptos que encierra, cuanto por la elegancia del estilo y por la ilustra cion que en vano procura ocultar. Hé aquí una muestra:

«Cuando tu amor á los libros, amor que quiero trasmitirte, te haya hecho estudiar esas obras inmortales, aprenderás que Milton debe á la Biblia su *Paraíso perdido*; Racine, su *Athalia*; Dante, su *Divina comedia*; Klopstock, su *Mesiada*; Gertrudis Avellaneda, su *Baltasar*; Manzoni, sus *Himnos sacros*; Rafael, su gran *Pasmo de Sicilia*; Murillo, su célebre *Concepcion*, y Miguel Angel, su estatua de *Moisés*, gloria del arte.»

El señor Guerrero, semejante al piloto que

ha hecho largos viajes y que conoce ya todos los peligros del mar, señala como éste á los nuevos viajeros las rocas, las corrientes, los abismos; pero hace fijar la atencion con más cuidado en los pequeños escollos, por ser casi siempre los más peligrosos.

Así lo demuestra la leccion llena de interés y encanto que dedica á su preciosa hija Emma, á quien encuentra ante el espejo contemplando con infantil candor las perfecciones con que el cielo adornó su semblante de ángel. ¡Qué severidad y qué benevolencia al mismo tiempo! ¡Qué sabios consejos y qué sólidas máximas mezcladas con las más tiernas caricias paternales! ¡Qué tino moral se ve en toda esta bellísima leccion en que resalta el ardiente anhelo de inspirar á las niñas esa perfeccion interior y esa elevacion que no marcha con el aplauso del mundo sino con el aplauso de la conciencia!

Sigue á esta leccion la que titula *La Virtud*, á María. Esta es sin disputa la más profunda que contiene el inestimable libro y la que encierra mayor conocimiento de la naturaleza del hombre. ¡Cuánto concepto útil! ¡Cuánto pensamiento noble! ¡Cuánta rica doctrina! ¡Cuánto amor á la virtud!

No podemos resistir al deseo de trasladar aquí

un párrafo que nadie podrá leer sin conmoverse y que nosotros no titubeamos en calificar de modelo. Dice:

«Haz de modo que para tí el pasado sea mañana una lápida donde grabaste un nombre que inspire respeto; el presente un libro abierto donde el mundo no encuentre una página que te avergüence; el porvenir un libro cerrado que puedas abrir sin temor de manchar sus hojas: en una palabra, vive con la sonrisa en los labios, con las manos en el corazon, con los ojos en el cielo.»

No acabaríamos nunca si tratásemos de trascribir aquí todas las bellezas morales y literarias que encierran las *Lecciones familiares* del Sr. Guerrero; pero no podemos ménos de detenernos todavía un momento en el último capítulo, titulado *El amor del alma*, que dedica á la memoria de su madre.

Cuando el autor llega ya á la conclusion de su obra, cuando ya ha dirigido su edificante palabra á su esposa, á sus hijos y á su padre, ¡con cuánto dolor vuelve los ojos al sepulcro de su madre! ¡Oh! ¡qué toques tan patéticos ha dado aquí su pincel, empapado de lágrimas! ¡Con qué amor, con qué sentimiento, con qué alma dice á la infancia!

«Niños, los que teneis madre, venid á mí para enseñaros á dar gracias á la Providencia porque os la

conserva. Los que no teneis madre, venid tambien para enseñaros á llorar. Mi corazon está abierto al mayor de los dolores por una pérdida que lloraré toda la vida.»

¿Quién podrá leer esta página sin sentir que corren gruesas lágrimas á lo largo de sus mejillas?

Este libro, tierno y selecto, instructivo y sólido; este libro, que con justicia hemos llamado *Libro de oro para la niñez*, semejante á esos rios profundos en el fondo y floridos en las riberas, despliega vastas ideas en un lenguaje adornado con los más dulces primores de la imaginacion.

El Sr. Guerrero merece, pues, un voto unánime de gracias por esta obra, en que se puede decir que toma en sus brazos á la infancia y la conduce lleno de amor al templo de todos los conocimientos y de todas las virtudes.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

Habana, 1869.

Á LOS PADRES DE FAMILIA.

El padre, el profesor, el mundo.—Hé aquí los tres maestros del género humano.

El padre siembra la semilla de la virtud en el alma del niño; el profesor riega el arbusto, derramando la sávia por la inteligencia del adolescente; el mundo sazona el fruto de la ciencia en la vida del hombre.

Esa trinidad del magisterio es cadena de eslabones indisolubles; cuando uno se rompe, no es posible perfeccionar la obra. Si la semilla no se siembra á tiempo y por mano inteligente, no llega á germinar; si el arbusto se tuerce, será difícil enderezarlo; si el árbol no se cuida, ó dará el fruto dañado ó no dará fruto.

Para saber corregir es preciso saber enseñar; para saber enseñar es preciso saber corregir.— Estos son los dos secretos de la instruccion.

El niño al nacer recibe un beso de su madre: es el sello del amor; aquel ósculo purísimo que confunde sus almas sube al cielo: al cielo en donde tiene la pureza un trono. Ese beso encierra un compromiso santo: enseñar á su hijo á amar á Dios sobre todas las cosas; abrirle las puertas del alma para que recoja el ambiente de la virtud; cerrar esas puertas á todo aliento pestilencial; iniciar su débil razon en el secreto de los peligros que le aguardan; cuidar el tierno tallo en que brotan las rosas del candor; dar forma á su vírgen corazon para que sepa combatir las pasiones; y comprimir ella misma su propio sentimiento para contrariar la voluntad de ese hijo que mañana le pediria cuentas de su debilidad.

Apenas el niño se sostiene sobre sus trémulos piés, apenas deja la cuna que vigilaban los ojos de la madre, el ángel de la Guarda se posa en los ojos del padre; la mirada de éste es la égida del hijo: él le marca el sitio en donde ha de colocar la planta, y le enseña, ó el niño lo aprende por intuicion, que aquella mirada es el juez de su conducta; desde entonces tiembla, sin saberlo acaso, por la nube que vela los

ojos de su padre. Allí está el primer maestro, el vigilante que, lleno de amor y mirando á lo porvenir, sujeta con una mano los latidos de su corazon, que le arrastra á besar al pedazo de sus entrañas, mientras que con la otra le castiga, obedeciendo al deber que la naturaleza le impone de ser fuerte para fortalecer á su hijo. Su corazon calla; su cabeza manda.

Y cuando llega el dia en que el padre arranca al niño del regazo materno para entregarle al maestro, éste encuentra allanado el camino; dócil aquél á su voz, se deja guiar, toma aficion á los libros que le prestan la ciencia sin trabajo, se nutre con el estudio de conocimientos que han de asegurarle una posicion y ponerle á cubierto de las contrariedades de la vida, se robustece su inteligencia con un tesoro de ideas, y cuando toca á las puertas del mundo, su pié ya no vacila; se presenta hermoso, con el brillo deslumbrador del talento, y el mundo abre los brazos con regocijo para recibir á aquel hombre que va á aumentar el número de los buenos, siendo útil á la sociedad que lo reclama.

Saber es tener: hé aquí un axioma indisputable.

El hogar paterno, el aula, el teatro del mundo: ahí están desarrolladas las grandes escenas de la vida. Reir primero, llorar despues, gozar

y sufrir al término de la jornada; la ignorancia del valor de las pasiones, aprender á conocerlas, combatir la furia de sus embates: esa es la historia del linaje humano.

El escenario del mundo es inmenso; sus entradas y salidas son difíciles. ¡Ay del que no ha grabado en su memoria y en su alma las máximas de su madre, los consejos de su padre, las lecciones de su maestro! Para él el mundo no tendrá más que precipicios, sendas fáciles que llevan al abismo, flores envenenadas que matan, cadenas de oro con que se revolcará en el fango de la deshonra, y de donde saldrá manchado con el estigma que separa para siempre al malo de los buenos, estableciendo la única desigualdad que nunca hermana á los hombres.

Dios perdona al penitente; el delito se purifica con el arrepentimiento; pero la sociedad es implacable y no perdona al criminal; es preciso tener muy presente que el que ha de vivir en el mundo se ve obligado á aceptarlo como es, y no como debiera ser. Esto será una injusticia, una desgracia, pero es una triste verdad. La historia de cada hombre está escrita en su frente y reflejada en la de sus contemporáneos. Aquella mancha es un sambenito que envolverá á la mujer que le dió su virtud á cambio de

su nombre, y á los hijos inocentes que engendró antes ó que engendre despues.

La educacion es la base de la familia: el padre que no lleva á su hijo á la escuela le pone en el camino de su perdicion: sobre su frente caerá su deshonor. Amar á un niño no es prodigarle los besos de la ternura paternal: por lo mismo que se le ama, es preciso llevarle á la escuela para que despues siga una carrera, un arte ó un oficio, fuentes del bien y escudos contra la miseria y la ociosidad, que arrastran á las cárceles y á los presidios.

Esto no es nuevo; lo ha dicho todo el mundo: está escrito en la conciencia universal.

El hombre preparado por el padre y enseñado por el maestro no tiene ya que temer los peligros del mundo; cuando penetra en él, su conciencia va tranquila, su alma está abierta á los nobles afectos, su corazon está abierto á la bondad, siempre generosa. La sociedad encuentra en él un brazo útil; la patria un buen ciudadano; el desvalido un protector; el hombre un hermano; la mujer un compañero; la familia un patriarca.

Dirigir al niño, educar al adolescente, formar al hombre, velar por los medios de conseguir tan bellos triunfos: hé aquí la idea que pone la pluma en mi mano.

Dedico este libro á los padres de familia, porque deseo que hablen con sus hijos como hablo con los mios. Suyas son mis *Lecciones*, porque los nombres nada significan; grabando en el pensamiento de los niños las máximas del bien, los padres tendremos confianza en el porvenir que nos desvela.

TEODORO GUERRERO.

Habana, 1868.

INTRODUCCION.

EL CÓDIGO MORAL.

Á AURORA.

La sociedad conyugal tiene por objeto la familia. El primer deber de los padres es señalar las distancias que han de separar á los miembros que la constituyen para que cada cual ocupe su puesto: y á fin de que obedezcan á un pensamiento que sirva de norma para arreglar su conducta, todo jefe de familia está obligado á dictar reglas que allanen el camino, descubriendo risueños horizontes que hagan fácil tan penoso trabajo.

A tí, mi excelente compañera, me dirijo al emprender la tarea de escribir mis *Lecciones familiares*. Los hombres debemos vivir prevenidos contra la muerte que nos amenaza siempre y que siempre nos sorprende; el porvenir me atormenta, temiendo que Dios disponga de mí antes de grabar mis ideas en la memoria y

en el alma de los ángeles que hoy embellecen nuestra existencia; por eso invado el porvenir, estampando en este libro mi modo de pensar, mi modo de sentir, y el sistema de educacion que creo conveniente para que mis hijos, respetando mi memoria, sean buenos y honren el nombre sin mancha que heredé de mis padres y que sin mancha les trasmito. Este libro es mi *código moral*. ¡Ay del que olvide sus preceptos!

Cuando escribí mi libro *Lecciones de mundo*, inspirado por la sonrisa de nuestra María, que apénas contaba un año, estaba léjos de mis esperanzas que habia de alcanzar la fortuna que los maestros le dispensaron, aceptándolo como texto popular. Amo ese libro con cariño tan infantil como la idea que me lo inspiró; y sabes con cuanto placer he oido en las escuelas repetir á los niños aquellas máximas que aprendí en el Catecismo y en el gran libro de la experiencia, y que con el mejor deseo sujeté á la rima para grabarlas más fácilmente en la memoria de los tiernos educandos.

El libro *Lecciones de mundo* es lazo estrecho que liga mi corazon á la inteligencia de mis hijos; lazo que liga mi inteligencia al alma de la generacion que hoy se levanta, llevando en sus labios mi nombre, en su pensamiento mis ideas, en su corazon mis instintos. ¡Qué bello triunfo!

Ese libro está consagrado á la infancia; sus páginas encierran la primera moral que debe grabarse en el alma para entrar despues con seguro pié en terreno más resbaladizo.

Es preciso dar un paso más; avanzar en el camino de la instruccion; presentar de relieve la segunda moral que asegurará la solidez para ensanchar el círculo, facilitando la entrada en el campo de la ciencia que aguarda á la juventud. Cuando la tierra está bien preparada por los surcos del arado, cuando la buena semilla se siembra á tiempo, cuando los desvelos del labrador atienden al cultivo, recoge por fruto la mies abundante con que la Providencia le regala.

Y este es el pensamiento de las *Lecciones familiares*. Nuestros hijos crecen, y hay que consagrarles enseñanza más adelantada para despertar en su imaginacion la manera de cultivar las pasiones y de combatir los vicios. Las *Lecciones familiares* son el segundo libro que escribo para mis hijos y que dedico á las escuelas; vean siempre los niños en sus páginas la expresion del amor paternal velando por el porvenir, señalando fija la estrella del deber y obedeciendo al sentimiento de las buenas acciones; así recibirán en la tierra, con la bendicion de sus padres, el homenaje que siempre alcanza

la virtud; y en el cielo, el premio que Dios concede á los justos.

En tus manos, mi dulce compañera, deposito este libro. No temas al porvenir; nuestros hijos serán buenos, porque su corazon está confiado á tu religiosa guarda, y su inteligencia á mi severo instinto. La constancia lo vence todo; el amor y el sentimiento del deber nos impulsan á consagrarnos á esos hijos, de cuyas acciones somos responsables. — ¡El porvenir es nuestro!

I.

LOS LIBROS.

Á TEODORO.

¿Me pides un libro para jugar? ¿Y arrugas las cejas porque me niego á darte el que tengo en las manos?—Ven acá, hijo mio; no te impacientes, que la impaciencia es el arranque precursor de la ira, y la ira es una mala pasion que compromete la dignidad del hombre.

¿Quieres el libro para destrozarlo como tu caballo de carton? Ignoras hoy lo que vale un libro, y cuando mañana la razon alumbre tu entendimiento y penetres la importancia de esa coleccion de hojas cosidas que hoy arrancas sin piedad, sentirás una especie de remordimiento que quiero evitarte. Los libros son como las armas de fuego, que no las debe usar sino el que habiendo aprendido á manejarlas conoce su valor.

Cuando sepas apreciar el pensamiento, cuan-

do en los libros encuentres sabroso pasto para tu afan de instruirte, cuando te halles en estado de conocer el mérito diferencial de los volúmenes que caigan en tus manos, cuando yo te haya inspirado respeto, cariño y admiracion por los grandes autores que perdieron sus años en provecho de la instruccion, entonces te abriré mi biblioteca para que juegues con los libros; entonces volverás las hojas con cuidado, y leyendo y estudiando, te iniciarás en los secretos de la ciencia. El deseo de saber, para que te escuchen, y el afan de producir, para que te lean, despertarán en tí la noble emulacion, y si Dios se ha dignado reflejar en tu frente un rayo de la luz del genio que guarda para sus escogidos, soñarás con el delirio de estampar tu nombre en la portada de esa coleccion de hojas que hoy quieres romper.

Ignoras, hijo mio, que el más pequeño volúmen es fruto de muchos años de estudio, de observacion y de experiencia. Cada pensamiento, por insignificante que aparezca, es resultado de muchas noches de vigilia, de muchas inquietudes, de muchos sinsabores; se aprende á costa de grandes sacrificios, y no olvides que el menor paso que se da en el camino de la ciencia deja huellas profundas en el que se consagra á llevar la inteligencia por la senda del progre-

so. El triunfo de las grandes ideas cuesta siempre la existencia entera de un hombre generoso que no pide á cambio más que la admiracion de la posteridad; porque la posteridad es el único juez de la inteligencia.

Cuando leas esta página que tu padre te dedica para inspirarte, en época lejana todavía, el amor á los libros, me darás la razon; entonces, habiendo aprendido á discernir, encontrarás en mi biblioteca las obras que debes leer para ilustrarte; con el buen deseo que á todo padre anima, he procurado desechar las lecturas perniciosas, libros con malas doctrinas que infiltran el veneno y vician los instintos. No, hijo mio; aprende á estimar el valor de los libros, y escoge lecturas sanas é instructivas; los buenos libros conducen las almas á la virtud por sendas ignoradas, llevan el pensamiento al cielo de la gloria, ensanchando el porvenir, y difunden la luz, desvaneciendo las nubes que producen la oscuridad.

No burles la vigilancia de tus padres y de tus maestros para devorar á solas las páginas de libros inmundos que, enseñando lo malo, destruyen la virtud y roban la inocencia. Los malos libros, como los falsos amigos, te halagan para perderte.

Las ciencias, las bellas letras y las artes po-

seen un caudal inagotable para el hombre que quiere ilustrarse; conságrate al estudio, segun tus inclinaciones, segun la carrera á que te dediques, y procura instruirte de modo que brilles en primera línea, discurriendo y analizando siempre, para hallar la profundidad de la idea, que es el triunfo.

Los libros son excelentes compañeros; busca en ellos la intencion del autor, y nunca te equivocarás; si guiado por tu buen instinto, sientes repugnancia hácia el pensamiento capital, arroja el libro; busca en las obras didácticas el fin de la enseñanza; en los libros científicos el fin de la sabiduría; en las novelas recreativas el fin moral; y te nutrirás de sólida instruccion, sin viciar tu alma ni perder tus risueñas ilusiones.

Las ilusiones son como las alas de la mariposa, que conservan su brillo deslumbrador mientras una mano atrevida no llega á deslustrarlas.

Si pudieras ahora discurrir sobre lo que te digo, para que lo leas mañana, no tratarias de arrebatarme, con la irresponsable intencion de destruirlo, el libro que tengo en la mano y que leo con encanto, á pesar de que lo sé de memoria. No deletreas todavía; en el lomo del volúmen están impresas estas dos palabras: La Biblia. Ese libro, hijo mio, me acompaña siempre;

lo verás en mi biblioteca, en el cajon de mi mesa de noche, sobre mi bufete, dentro de mi maleta. Si fueras capaz de hacerme observaciones, me demostrarias tu extrañeza por la persecucion que hago al libro, ó que el libro me hace; pero me prometo que con el tiempo apreciarás la importancia de la Biblia.

Este libro, grande, comparado con la pequeñez de los otros libros; pequeño, comparado con la inmensidad de su idea, está escrito para todo el mundo: no encierra ambiciones, no ha despertado envidias, nada ha robado, y ostenta en sus páginas los vuelos privilegiados de la imaginacion; sin la personalidad de un autor que lo recomiende ni lo desvirtúe, porque se ha escrito solo, está traducido á todos los idiomas é impreso en la mente del universo.

Cuando tu razon llegue á su madurez y sepas juzgarlo, pregunta al poeta, al pintor, al escultor, si conocen la Biblia, y la sacarán en seguida de su estante para mostrártela con orgullo, con cariño, porque ella es la fuente de sus inspiraciones, el manantial fecundo de sus ideas; las obras inmortales son producto de sus imágenes, son cuadros de sus recuerdos, son la verdad, la poesía, arrancadas de sus hojas y engalanadas por la pluma, el pincel ó el buril.

Cuando tu amor á los libros, amor que quie-

ro trasmitirte, te haya hecho estudiar esas obras inmortales, sabrás que Milton debe á la Biblia su *Paraíso perdido;* Racine, su *Athalia;* Dante, su *Divina comedia:* Klopstock, su *Mesiada;* Gertrudis Avellaneda, su *Baltasar;* Manzoni, sus *Himnos sacros;* Rafael, su gran *Pasmo de Sicilia;* Murillo, su célebre *Concepcion;* y Miguel Angel, su estatua de *Moisés*, gloria del arte.

La Biblia es un delicioso panorama escrito; no hay en ella una página que no facilite material para un libro; nada sobra, porque es la historia de nuestro pasado; desnuda de pasiones, porque no es la obra de un hombre; deleitosa, porque enseña á conocernos; interesante, porque está escrita para todos.

La Biblia no tiene época: es el libro de siempre: es la tradicion. Lee á Cantú, el célebre historiador; él te dice que es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las jerarquías; posee consuelos para todos los dolores, verdades para cada uno de los tiempos, consejos para cada uno de los estados. En la Biblia se encuentra constantemente un solo Dios, un solo culto, una raza única, una manera igual de ver las cosas; en lo pasado, no un pasto á la curiosidad, sino todo lo que existe, la unidad; y en lo porvenir, el cumplimiento de sublimes promesas.

La Biblia es el primer libro del mundo. La niñez lo hojea, la juventud lo lee, la vejez lo devora, porque entretiene, instruye y deleita. En ella me enseñó á leer mi madre, y en ella aprenderás, hijo mio.

Ahora bien: despues que sepas estimar los libros, despues que aprendas á admirar la Biblia, te asustarás de la doble profanacion que te evito, no dejándote jugar con ella, ni mucho ménos romper sus preciosas hojas.

II.

LA HERMOSURA.

Á EMMA.

Te encuentro delante del espejo, y adivino en tí dos emociones: la de la propia satisfaccion, que engendra la vanidad, y la de la sorpresa, que engendra el rubor. Lo siento por tí, hija mia, y te pido que me escuches: la voz de un padre no lleva consigo el halagador encanto de la lisonja, ni la intencion destructora del desengaño; de mis labios sale la verdad: la verdad que marca los quilates de la estimacion, para que seas mañana querida y admirada, bendiciendo la memoria de tus padres, á cuyos consejos deberás el mayor de todos los beneficios: aprender á conocerse.

La primera emocion me revela que el espejo te cautivaba, viendo en él, con los ojos del amor propio, ojos embusteros, los rasgos de la hermosura, que cuando no existe la forja la imaginacion: hé ahí la vanidad.

La segunda emocion me revela que sentiste verte sorprendida por mí, porque adivinaste que habia de desagradarme la satisfaccion de que estabas poseida: hé ahí el rubor.

No puedes apreciar todavía ni el peligro de la vanidad, ni el mérito del rubor; pero el instinto se anticipa en la criatura al conocimiento de las impresiones; y si bien la primera me disgusta, la segunda me cautiva. El rubor es el correctivo de la vanidad, y la naturaleza, gran maestra de los instintos, se adelanta á mis deseos.

Ahí tienes el espejo; mírate en él.—¿Por qué apartas la cabeza y te niegas á obedecerme?—¿Acaso una voz secreta te dice que mi órden no exige el cumplimiento porque trato de darte una leccion dulce pero severa?—Sí, hija del alma; allí donde veo un peligro acudo á evitarlo, que este es el primer deber de los padres previsores. El espejo engaña, porque no copia lo que le presentan, sino lo que la presuncion quiere ver. En mis ojos encontrarás el espejo de tu alma, y este espejo nunca te engañará; eres linda, y debes dar gracias á la naturaleza por haberte dispensado ese don; pero ni el atractivo de tu rostro, ni la perfeccion de tus formas constituyen la hermosura que me envanece, y que ha de envanecerte. La hermosura del alma

es la que en la tierra recoge la admiracion, la que abre las puertas del cielo.

La vanidad es la satisfaccion de sí mismo, y esa idea roba el mérito á la mujer; la hermosura ha de lucirse sin ostentacion, dejando que la aprecien por sus cualidades; es hermana de la modestia, y debe, como la violeta, esconderse entre las hojas para que la busquen, atrayendo con su rica esencia; la flor más oculta es más codiciada, porque guarda en su corola el tesoro del candor, que exige el recogimiento. El candor es como la sensitiva, que se cierra apenas ponen en ella una mano profana; la ignorancia es su riqueza.

Arregla tus acciones á la práctica de las virtudes para que te respeten, ejerce la caridad para que te adoren, estudia para que te admiren, cumple con los preceptos de la religion para que Dios no te abandone, hazte amar por tus propios merecimientos, sin acordarte de tu figura, y luego asómate al mundo, ostentando en el rostro la sonrisa de la satisfaccion que produce la tranquilidad de la conciencia. El mundo es el espejo en donde han de mirarse los mortales: allí encontrarás el resplandor de tu alma, y los hombres se disputarán una mirada de tus ojos, doblando la rodilla ante la única hermosura que permite vasallos y que disculpa la idolatría.

El alma, como el cuerpo, debe llevarse siempre muy limpia, pues la mujer más perfecta, con la conciencia sucia, es fealdad repugnante; ¿no arrancas de tu ramillete la flor de ricos matices que desagrada por su olor pestífero? Pues esa flor, hija mia, bella en la apariencia, no sólo no es apreciada, sino que es peligrosa, porque infesta á sus compañeras.

Y hay otra razon que has de tener muy presente para grabar en tu memoria mis sanas reflexiones: la mujer que fia su porvenir á la hermosura de su rostro, descuidando los verdaderos encantos, olvida que la belleza física es don pasajero; el tiempo la destruye, y queda en la vejez un vacío que no se puede llenar, causando la desgracia del compañero que cautivó con tan frágil dote, y causando su propia desgracia, que regará con lágrimas eternas por no reconquistar el imperio perdido; y tambien olvida que la hermosura es don prestado, pues la Providencia lo recoge cuando á bien lo tiene, destruyéndolo sin piedad con una viruela aguda ó con un golpe inesperado; pero la hermosura del alma nunca se acaba: sobrevive á los años y á los rigores de la suerte, y mientras más combatida se ve, más se enaltece; arrostra las grandes penalidades con el auxilio de la resignacion, y se levanta despues para mostrar so-

bre su pecho, con noble orgullo, la palma del martirio.

La mujer hermosa sólo triunfa de los ojos, porque no recoge más que el incienso del instante: vive de la primera impresion, pasajera como todas las impresiones no preparadas; pero la mujer buena, que luce la hermosura del alma, triunfa de los corazones, porque llega á imponerse: labra su impresion y se perpetúa. No apetezcas el reinado de un dia; detrás de ese efímero placer, de esa corta satisfaccion, llegan el desencanto y los dolores; no consientas á tu alrededor una cohorte de adoradores que te halaguen la vanidad; procura rodearte de personas que te respeten y te admiren, y entre ellas hallarás el porvenir; el incienso que desvanece los sentidos, lastima los ojos y ciega; el murmullo de la admiracion ensancha el alma y marca en los labios la sonrisa de la más grande y más legítima de todas las satisfacciones.

En una palabra, hija mia, sé buena y serás hermosa; cierra los oidos á la lisonja que mata y los ojos al espejo que miente; no te perseguirán fátuos lisonjeros, pero llevarás siempre detrás de tí, como el eco de música deleitable, el rumor que levantan los pasos de la virtud que te acompaña. La virtud es la belleza del corazon, como la bondad es la belleza del alma.

No desfigures con movimientos estudiados ni con afeites asquerosos las perfecciones de tu rostro, pues la hermosura contrahecha es una falsificacion de la naturaleza que sólo engaña á la que pretende engañar. El arte no encubre los defectos naturales, y el artificio, hijo espurio de aquél, revela á primera vista sus torpes deseos. Los afeites manchan la piel y no tapan las faltas; ese engaño anuncia más claramente la mentira. La verdad debe ser siempre la verdad, lo mismo para el alma que para el cuerpo.

No afectes las maneras para fijar en tí la atencion, que nada cautiva tanto en la mujer como la sencillez personal, que responde de su franqueza.

Cuando te llamen hermosa, no te sonrías ni bajes los ojos; esos dos movimientos delatan aceptacion de la galantería, que compromete tu dignidad. La sonrisa determina la gratitud; la accion de bajar los ojos autoriza á una segunda lisonja que se espera con aparente rubor. No te envanezcas, y tu hermosura será admirada de lejos; este es el mejor de los triunfos.

El oro no tiene valor por ser oro, sino por el precio que se ha convenido en darle; pero no olvides que se falsifica con habilidad extremada; á la vanidosa nadie la estima, y todos la re-

chazan: como la moneda falsa, sólo la acepta el que no sabe el engaño.

No busques galas ni joyas para tu prendido, queriendo atraer con su riqueza las miradas; la mujer hermosa debe lucir como galas sus propias perfecciones; una flor es el mejor adorno de la niña modesta y candorosa, que las flores son delicadas como ella. Las alhajas de valor despiertan la codicia, y los ojos avaros se apartan del rostro de la mujer para contemplar las piedras preciosas. ¡Y todavía las mujeres se valen de ese medio de atraccion, que lastima su amor propio más que todos los desdenes del mundo! La educacion tiene la culpa de esa ceguedad.

La mujer que se empeña en deslumbrar con su belleza, declara que no hay en ella otra cualidad con que pueda cautivar, y su equivocado concepto la perjudica, porque la hermosura es lo que ménos vale. Graba, hija mia, en tu memoria este pensamiento: la belleza física hiere profundamente los sentidos, es verdad; pero el efecto en los sentidos es siempre de poca duracion, porque se acostumbran á las impresiones; así, la mujer hermosa, si no posee más que la atraccion de su figura, pierde con la costumbre de verla el prestigio del triunfo.

La hermosura del alma cautiva siempre; pa-

ra ella son los aplausos; para ella son las glorias duraderas de la vida; para ella son las bendiciones de la sociedad. ¿No cambiarias tu linda cara por esos rasgos de la verdadera hermosura?—Rompe, hija mia, ese espejo en que hace poco te contemplabas, mirándote con la satisfaccion de la vanidad, y que hizo nacer en tí el primer síntoma del rubor.

Ven á mirarte en los ojos de tu padre, que nunca engañan, y mañana te asomarás con orgullo al mundo, espejo de los hombres. ¡Qué noble satisfaccion la tuya en haber oido mis consejos! ¡Qué satisfaccion tan grande la mia en haber iluminado tu alma para admirarte con la hermosura que envanece sobre todas las hermosuras!

III.

LA VIRTUD.

Á MARÍA.

¿Me preguntas, hija mia, qué es la virtud? ¿Te ha llamado la atencion esa palabra que tanto oyes repetir, y deseas conocer su importancia?—Celebro que te dirijas á mí para saber lo que ignores, y me complace sobremanera que á pesar de tus pocos años manifiestes afan de aprender; así se empieza, y así se forma el hábito del estudio. Sólo los tontos, que no quieren saber, ó los vanidosos, que pretenden saberlo todo, no preguntan. Te animo para que vengas á mí, ó á tus maestros, siempre que hiera tu imaginacion una palabra, una frase, una idea ó una cita que no comprendas; preguntando se aprende; la consulta que se hace en un libro no es más que una pregunta tácita. Necesitas hoy de la viva voz, y supuesto que tu razon se abre ya á la inteligencia, voy á darte respuesta al alcance de tu edad.

No es difícil definir la virtud, por más que tenga tan íntima relacion con todos los actos de la vida del hombre; la misma universalidad determina su importancia, pues la virtud deja de existir desde el momento en que pierde ese carácter; no basta practicarla en una ó en más horas de nuestra existencia; es preciso practicarla siempre, sin interrupcion, ajustándose á leyes invariables, para que la conciencia, barómetro del alma, no marque la menor alteracion.

Te parecerá imposible llevar la exigencia de la propia conducta hasta ese extremo, siendo tan frágil la condicion humana; pero no, mi querida María; nada es más fácil que llegar al término de esta peregrinacion que llaman vida, con la conciencia limpia, con el ánimo risueño, con el corazon tranquilo. Al emprender la marcha, procura fortalecerte para contrarestar las vacilaciones de la lucha; es decir, graba en tu pensamiento las máximas del bien que se deslizan de contínuo de los labios de tus padres; pónlas en práctica para convencerte de su eficacia, siguiendo los consejos de tus maestros; modera los impulsos de las pasiones que intenten arrastrarte fuera de la senda que aquellos te trazaron; tiende la mano al desvalido que te busca, y niégala al malvado que te pre-

dica el vicio; haz de modo que para tí el pasado sea mañana una lápida en donde grabaste un nombre que inspire respeto; el presente un libro abierto en donde el mundo no encuentre una página que te avergüence; el porvenir un libro cerrado que puedas abrir sin temor de manchar sus hojas; en una palabra, vive con la sonrisa en los labios, con las manos en el corazon, con los ojos en el cielo.

Y hé ahí lo que es la virtud. Quisiera hallar una definicion clara y precisa, explicada en pocas palabras, para que sirviera de norma á tu conducta, y no hay otra más precisa ni más clara que la siguiente: la virtud es el recto modo de proceder.

Los filósofos te dicen que la virtud es integridad de ánimo y bondad de vida; que es el hábito y disposicion del alma para las acciones conformes á la ley cristiana, y que se ordenan á la bienaventuranza; que es el hábito que se adquiere para obrar bien, independiente de los preceptos de la ley, por sola la bondad de la operacion y conformidad con la razon natural.

Pero esas bellas y exactas definiciones necesitan descender de la altura de la filosofía para llegar á tu naciente inteligencia; y me propongo preparar tu razon para que comprendas la verdad del pensamiento; sólo así conseguiria

mi objeto al consagrarte esta leccion, que tan beneficiosa ha de ser en el porvenir que te llama, lleno de encantos para el alma, pero tambien de peligros para la inocencia y el candor.

La integridad de ánimo equivale á la perfeccion del alma; y para que esta sea perfecta, necesita ostentarse siempre con la rectitud, la pureza y el desinterés, sus principales atributos.

La bondad de vida equivale á la série no interrumpida de actos que ponen de relieve la excelencia de la criatura.

¡Hé ahí la virtud!

Ajustar la conducta del hombre á las acciones conformes á la ley cristiana, obedeciendo á un hábito del alma, es practicar la virtud para encontrar abiertas en su última hora las puertas del cielo.

Obrar bien, sin sujecion á los preceptos de la ley, obedeciendo á la bondad del alma y á los impulsos del instinto, es practicar la virtud para encontrar en la tierra abiertos los brazos de sus hermanos.

¡Qué perspectiva tan seductora te presento!

La virtud es la aureola del justo. El vicio hace bajar la cabeza para esconder el sello de la vergüenza que estampa en la frente el olvido de los deberes.

La virtud es la pureza; el vicio es la degradacion. Aquella embellece la fealdad; este afea la belleza.

Consérvate digna del aprecio del mundo en que vives, y encontrarás siempre su amparo en las grandes tribulaciones; el que se olvida de sí mismo acaba por verse olvidado de los demás.

Recuerda, hija mia, las virtudes cardinales que tu madre te explicó en el Catecismo: son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La prudencia te enseña á discurrir y á distinguir lo bueno de lo malo para seguirlo ó huir de ello. Esa virtud combate los instintos, trazando un plan de conducta del cual no debes separarte; ántes de andar, examina el terreno en donde has de poner el pié, y ten presente que un mal paso cuesta una vida entera de remordimientos; si alguna vez dudas, enciérrate en tu razon para meditar las consecuencias, y clava los ojos en el mundo que te observa; su mirada es el guia de tus pasos: sus labios están dispuestos á abrirse para pronunciar un fallo terrible; el mundo es juez inexorable que nunca perdona. La razon se extravía en un momento, y ese momento amarga toda una existencia.

La justicia te enseña á arreglarte á la voluntad de Dios; Él es el supremo Hacedor, único que tiene el privilegio de la perfeccion, y en su gran sabiduría señaló las leyes inmutables del deber.

Él nada quiere para sí: nada te pide y te lo da todo; aprende su santa doctrina, y hallarás en la tierra la justicia de los hombres, basada en el sabio principio de dar á cada uno lo que es suyo para que respeten lo que te pertenece.

La fortaleza te enseña á vencer el temor y á huir de la temeridad; la resignacion es el poderoso auxiliar de los cristianos; haz frente al peligro, sin aparecer temeraria, y alcanzarás el triunfo. El valor ennoblece el alma; cuando alienta la fe, se sufre el tormento, y Dios pone en las manos de la víctima la palma del martirio, llave que abre la puerta del cielo.

La templanza te enseña á moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos, sujetándolos á la razon. Los sentidos deben percibir las impresiones sin grandes esfuerzos, que producen siempre la perturbacion y el desarreglo.

Para el que sigue las prácticas de la virtud, la vida tiene goces secretos, goces que se escapan á la insensibilidad, consecuencia inmediata del vicio, y placeres inefables que no com-

prenden los séres extraviados. La disipacion roba la pureza del alma y la salud del cuerpo, como el fango enturbia las aguas cristalinas y mancha las piedras preciosas.

La virtud es la brisa suave que conduce la barca de la vida por el agua tranquila, evitando los escollos; el vicio es la tempestad que arrastra la nave, llevándola á perderse contra las rocas que se esconden entre negros celajes. La virtud es el bien; el vicio es el mal.

Procura, hija mia, llegar al término de la peregrinacion con la frente levantada, y que te sorprenda la muerte, sin que te cause miedo tener en la otra vida que purgar un pecado, sin arrepentirte, ante el mundo que dejas, de una falta grave.

La virtud es la herencia que tu madre te deja; herencia prestada, porque intacta has de trasmitirla mañana á tus hijos, dando estrecha cuenta de tu mal proceder. Tus hijos renegarian de su madre, ó imitarian tu ejemplo. En uno ó en otro caso, estremécete de horror, y sigue con firmeza por el camino de la virtud.

Ya lo conoces bien; la contraccion de tu rostro infantil me anuncia que la razon empieza en tí á abrirse campo, y ya no temo al porvenir; no, mi María; en tus ojos leo el espanto, y adivinando, más que comprendiendo, el terrible

sentido de mis palabras, te has echado en mis brazos buscando amparo. Ven, hija del alma; mientras tengas los brazos de tu padre que te sirvan de escudo, es segura tu salvacion. La virtud necesita conocer el peligro para saber evitarlo; te he abierto los ojos, y velo por tu porvenir.

IV.

EL HONOR.

A TEODORO.

Pocas palabras, hijo mio, encontrarás mejor definidas en el Diccionario de la lengua, y peor interpretadas en el diccionario del mundo. Sucede con frecuencia que á algunas voces, sea porque el mal uso de ellas corrompa su sentido, sea porque el vulgo no llegue á aceptarlas en su genuina significacion, se les da mayor latitud que la que en sí tienen. El honor no es más que una virtud del hombre que le impide cometer acciones contrarias á su dignidad personal; y para que esto sea verdad, necesita esa virtud tener la generalidad de todas las virtudes. ¿Lo cree así el mundo?—Voy á probarte lo contrario; y ojalá que mi leccion sea para tí tan provechosa que llegue á juzgarte algun dia como quiero que seas: intachable en todos los actos públicos y privados de tu vida.—Eso es el honor.

El hombre que practica las virtudes, que da

á cada uno lo suyo, que cumple estrictamente sus compromisos, que no atropella al pequeño ni adula al grande, que no mancha sus labios con la inícua mentira ni con la vil calumnia, que tiende la mano al desvalido, que respeta la mujer del prójimo, que no deslustra el candor con infames seducciones, que vive más para su casa que para el mundo, y que sabe hacerse respetar, á fin de no perder la dignidad, el primero entre los deberes sociales, ese es un hombre de honor.

La mujer que conserva intacta su honestidad, que hace gala del recato, envaneciéndose con la buena opinion que le proporcionan estas virtudes, que ajusta los actos de su vida á los severos preceptos de la religion, que lleva sin mancilla el nombre de sus ancianos padres, que se consagra toda al cuidado y educacion de sus hijos, que guarda en su corazon el amor de su esposo y luce con orgullo en la frente el apellido con que la honró, que no sueña con más felicidad que la del hogar, que no presume, que no murmura, que no engaña, esa es una mujer honrada.

Cualquiera de esas condiciones que falte, destruye el mérito de las demás; la simple apariencia da pábulo á errados juicios; no basta ser bueno; es preciso probarlo para que no se

levante la duda á destruir el efecto de los merecimientos personales. La mancha más ligera hace perder el valor de muchos quilates al mejor diamante.

Abre la Biblia, y encontrarás un ejemplo elocuentísimo: Dayid, el rey de Israel, el escogido de Dios, el padre del sabio Salomon, perdió la gracia del Señor por una accion mala: la carta de David que Urías llevó á Joab fué el borron de sus glorias.

Cuando entres en el mundo, te aturdirá el grito de los hombres pregonando las excelencias del honor para enaltecer á los que han de cruzarse en tu camino; pero vive muy avisado para no dejarte deslumbrar con el encanto de la palabrería, ni desvanecer con el humo del incienso. Antes de abrir tu corazon á esos hombres, examina sus actos públicos y privados para convencerte de que son dignos de aprecio; y si un paso, un sólo paso, los desvía de alguno de los diferentes senderos que conducen al camino del honor, evita su trato para que no te arrastren á tu perdicion. Desgraciadamente, es más poderosa la atraccion del vicio que la de la virtud; y esto se explica bien: el vicio embalsama las flores, despues de envenenarlas, y la virtud clava las espinas, escondiendo su riquísimo perfume.

En el mundo, hijo mio, hallarás muchas veces el triunfo de los errores; pero esto no te desaliente, que por encima de ese triunfo hay otro glorioso y verdadero: el de la conciencia, que nunca se equivoca. ¿Qué importa que el mundo, eso que han dado en llamar mundo y no es más que un grupo de embusteros, se empeñe en preconizar lo que no entiende, desvirtuando el valor de los buenos principios de la sana moral, para coronar frentes indignas, si hay un juez en el cielo cuya rectitud y sabiduría nadie desconoce?

Eso no es el mundo; eso es la maldad que ensalza sus propios actos para disculpar la torpe conducta de los pérfidos. No te alarmes por el juicio público; el juicio público no lo forma ese monton de vocingleros que flamean una bandera donde han escrito la palabra *honor* para que sirva de escudo á sus errores.

Al perverso que lleva la deshonra al seno de una familia, abusando de la confianza que le dispensaron, se le llama hombre de honor porque al pedirle cuentas, desenvaina la espada con insolencia, dispuesto á clavarla en el pecho del padre ultrajado ó del esposo ofendido. ¡Qué aberracion, hijo mio! ¡Espántate de esa manera de discurrir, y sobre todo de esa manera de obrar! ¡Eso equivale á subordinar el honor á la

audacia de un malvado! ¡Eso equivale á glorificar dos crímenes!

Al tramposo que abusa de la buena fe de los crédulos ó de los hombres de generoso corazon, y evade el pago de las cantidades que le prestaron para socorrer supuestas necesidades apremiantes, buscando así en la estafa lo que debia encontrar en el trabajo, se le considera hombre de honor cuando se da por ofendido de que se le hagan justas reclamaciones y pone su pecho delante del cañon de una pistola; á esto llaman despreciar la vida, sin tener en cuenta que lo que se desprecia es el mismo honor que se toma en boca.

¡Y ese menguado juicio público considera tambien hombre de honor al insensato que anda por las calles buscando pretexto en un tropezon casual ó en una mirada equívoca para hacer alarde de valor mal entendido, puesto que el insolente retador no va al campo á obtener el triunfo en una lucha de esfuerzo del corazon, sino á sacrificar la víctima que entrega su vida á una mano experimentada!

¡No, hijo mio! ¡mil veces no! El honor no se conquista en el duelo, tradicion de los tiempos de la barbárie; no te dejes llevar por las falsas teorías de los que en la sociedad quieren dictar leyes contra el sentido comun para imponer el

imperio de la fuerza, idea contraria al progreso de que blasonan. Las leyes divinas y las leyes humanas rechazan esa manera de dirimir contiendas entre los hombres; nadie puede hacerse justicia por su mano; no olvides este proverbio, basado en las palabras del Salvador al apóstol San Pedro: *el que á hierro mata, á hierro muere.*

Y aunque es bastante esa razon, salida de tan autorizados labios, ten presente las consideraciones que voy á exponerte.—¿Cuál es el resultado de un duelo?—Vencido ó vencedor, tu existencia física y tu existencia moral quedan destruidas para siempre.

Vencido, exhalas el postrer suspiro, sin acordarte de que hay un Dios á quien debes dar cuenta de tu conducta al dejar esta vida; muriendo impenitente, encuentras cerradas las puertas del cielo, y te privas de gozar de las inefables delicias de la gloria, única esperanza de los mortales.

Vencedor, vuelves al mundo á recoger el aplauso de los necios que te precipitaron al crímen; pero despues arrastrarás una existencia combatida por el fantasma del remordimiento, viendo siempre delante de tus ojos la sombra de la víctima, y oyendo el ¡ay! desgarrador que se escapó de su boca en el momento de perpe-

trar el delito; en tus manos quedará impresa una mancha de sangre, y el sueño consolador huirá de tus párpados para hacerte maldecir el error que te extravió.

Y nunca me digas que el duelo es una de las necesidades de la sociedad; el hombre prudente no se ve expuesto á ese trance funestísimo; respeta á los demás, y te respetarán: hé ahí el secreto de la seguridad personal. Las preocupaciones del vulgo no deben elevarse á la categoría de leyes, porque se desquiciaria el edificio de la sociedad, perfectamente construido, por más que digan lo contrario los mal llamados filósofos de los cafés.

El duelo es, ó asesinato ó suicidio; y el suicidio y el asesinato son dos delitos que encontrarás en todos los códigos penales del mundo. No es permitido á los hombres formar un cuerpo de leyes para la práctica, y luego inventar teorías que las destruyan. Muchas veces lo he repetido en mis lecciones: la verdad no es más que una.

Se ha escapado de mi pluma la palabra suicidio, y tengo que detenerme ante ella, porque los detractores de la ley divina han dado en considerar ese acto de locura como consecuencia lógica del honor. Dios y la justicia humana, obedeciendo su precepto, disponen de la vida

que aquél nos da; el amor á la existencia es tan grande que sólo los dementes atentan á ella; invocar el honor para que sirva de disculpa á ese delito, es absurdo que ya no acepta la razon.

Matarse, no es, no puede ser, acto de valor; esto lo han probado los filósofos más profundos, y la lectura de sus páginas será eficaz para convencerte. El valor consiste en hacer frente con resignacion á las mayores contrariedades para triunfar. La muerte, en ese caso, no es más que un minuto, pero un minuto que te niega la felicidad eterna. Esta se alcanza con el sufrimiento y la fe cristiana; es preciso guardar en el alma la conviccion de que Dios prueba á las criaturas, pero no las abandona.

El suicidio y el duelo son los dos crímenes más espantosos para el que los comete, porque cierran el alma al arrepentimiento.

La conciencia es la vanguardia del honor. El mundo, el verdadero mundo, no se equivoca al juzgar al hombre; en la frente lleva cada cual escrita su honra, y no es posible grabar tan sublime palabra en las frentes degradadas. La degradacion es el olvido de todo; y se degrada el que quiere imponer su perversidad, torciendo las leyes de la naturaleza, á las cuales aplica el hombre las que dicta.

El honor, hijo mio, es rectitud de principios. Mañana velarás por tu dignidad, no olvidando que las acciones humanas son estrellas que han de alumbrar tu camino y el de tus hijos, que heredarán tus virtudes; pues la gloria que produce una buena reputacion trasciende á la familia. Tu honor no es tuyo; es el honor de tu padre: es el honor de tus hijos.

Intacto te lo entrego; intacto has de trasmitirlo á tu sucesion.

V.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES.

A LIDIA.

Hay una palabra mágica que repiten todas las lenguas, que aprende el niño y conserva el viejo, porque nunca se borra; está escrita en la primera página del libro de la vida del cristiano, que se llama *bautismo*, y en la última página, que se llama *confesion*. Hay una voz que aturde sin gritar; que confunde sin imprecaciones: voz cuyo eco llega hasta el tímido que vacila ante el crímen; que arranca del lodo al cínico; que con su dulce inflexion arrastra hácia la virtud á los que nacieron bien inclinados.

Esta palabra, esta voz omnipotente, se llama RELIGION: ella es la base constituyente de la sociedad; ella domina las pasiones; ella forma los hilos de una red al parecer sutil, pero que sostiene al fuerte como al débil, al grande como al pequeño; ella nivela á los hombres, pues cubre con sus alas protectoras el palacio del

magnate y la choza del mendigo; su consuelo es como el rocío de la noche, que benéfico empapa el campo estéril y el jardin florido; su furia alcanza tambien á todos, porque lo mismo descarga la nube de granizo sobre el tierno rosal que sobre el añoso tronco.

El primero de los deberes de las almas cristianas es la fe católica, tesoro de inestimable valor, segun ha dicho un profundo filósofo. La fe es la creencia ciega en lo que la Iglesia propone como revelado por Dios; pero esa ceguedad no debe provenir de las tinieblas, sino del efecto del resplandor que hiere los ojos del alma con la luz de la verdad. Las revelaciones hechas por Dios no necesitan verse: basta sentir sus efectos para humillarse ante el Supremo Hacedor y admirar sus obras.

No debes dudar, hija mia: ¿no comprendes que es un absurdo de la razon negar la causa cuando se ven los efectos? Dudar de la existencia de Dios es renegar de sí mismo, es protestar contra la creacion que presenta sus maravillas y su admirable armonía como pruebas de la grandeza del que las forma y las dirige. ¿No sientes dentro de tí un soplo impalpable que se llama alma y que existe y se agita á merced de una voluntad superior á la del hombre? ¿No dejamos de ser cuando esa voluntad lo dispone,

sin que haya fuerza en la tierra que contrareste tan superior mandato?—¡Hé ahí lo que vale el hombre ante Dios!

Esos árboles que nacen y se desarrollan, sin deber á los labradores más que el cuidado de un incansable cultivo, ¿no perecen en un segundo, heridos por el rayo? Esa inmensidad de agua tranquila ¿no se altera al rugido de la tempestad, y se traga las naves, llevadas por hombres atrevidos que se creen señores del Océano? Esas ciudades que ostentan edificios de solidez sorprendente, desafiando las tempestades y la accion de los siglos, ¿no se destruyen al movimiento de la tierra que los sostiene? Pues ese rayo asolador, esa tempestad poderosa, y ese formidable terremoto, no son más que agentes de la voluntad del Rey de los reyes.—¡Hé ahí lo que valen las grandezas del hombre ante el poder de Dios!

En las épocas revolucionarias del mundo no faltan insensatos que, aprovechándose de la agitacion de las pasiones de los hombres y de la exaltacion natural de los ánimos, pretenden destruir todo, y ponen la mano atrevida en el arca santa de la verdad, negando hasta la existencia de Dios. Cuando la tempestad desata sus furores, nada perdona y arrolla cuanto encuentra al paso; pero al volver la calma, el hombre se es-

panta de sus estragos. Ven acá, hija mia; cierra los oidos al grito de los ateos, y abre los ojos á la luz de la verdad.

Para probar la existencia de Dios, no es preciso buscar más testimonio que Dios mismo. Dios está revelado en sus obras, y tambien en las obras más grandes del hombre, porque el genio es rayo de inspiracion que envia á sus escogidos para que se acerquen á él más que las existencias vulgares; y esas grandezas del hombre, que el hombre admira, por perfectas, por bien acabadas que estén, ¿pueden compararse con la última de las hechuras del Sér Soberano del universo? ¿En dónde está la obra mejor del más hábil artífice de la tierra que se compare con la máquina del cuerpo humano, que se usa años y años, resistiendo á la accion de los tiempos, al ímpetu de las pasiones desbordadas, á los rigores de los climas, sin entorpecer sus maravillosos engastes, sin enmohecerse, sin que se paralice su curso, hasta que el dedo de su mismo constructor, único que conoce el secreto de sus movimientos, la destruye para siempre, devolviéndola á la tierra de que la formó?

Las grandes ideas de los hombres tienen su misterio, que ellos no comprenden en la ceguedad del amor propio: Dios ilumina la inteligencia de uno de sus escogidos, é inventa la nave

en que éste se lanza atrevido á cruzar los anchos mares. El hombre no ve que Dios quiso probarle que su atrevimiento se estrellaria contra la ira de esas aguas que él sólo domina. ¡Así el hombre pierde su valor en la borrasca, y cae de hinojos para pedir á Dios la clemencia!

Los triunfos mecánicos no son más que concesiones para probar su gigantesco poder, la riqueza de su inagotable fantasía. Dios hace que el hombre invente el microscopio para que penetre con los ojos en los secretos de lo invisible y se asombre de la perfeccion y la armonía de aquellos séres y de aquellos objetos que revelan su grandeza, puesto que la imaginacion del hombre no alcanza á comprenderlos, ni sus manos á formarlos.

¿Crees todavía que puedes dudar? ¡Ay de tí si das entrada en tu corazon á la funesta duda! Ese cáncer destruirá tu dicha, agotando las fuentes del bien, y produciendo las perturbaciones, causas del mal. El escepticismo es el delirio de una fiebre que consume y mata; Balmes lo ha dicho: es el vacío del alma que la desasosiega y atormenta; es la ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza; es la incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el orígen y destino del hombre. El escepticismo es uno de los más terribles castigos que

ha descargado Dios sobre el humano linaje.

No; no se debe dudar; la fe cristiana es la salvacion del alma, y dudar es anticiparse los tormentos del infierno que Dios guarda para despues de la muerte. ¿Hay nada más bello, más consolador, más fuerte que la fe? Ella rodea de encantos la trabajada existencia de los mortales, dándoles aliento para sufrir las contrariedades; ella hace fácil el duro trance de la muerte; ella calma el padecimiento de los mártires, ofreciéndoles la dulce perspectiva de la gloria; ella da valor para las empresas atrevidas; ella consuela al pecador arrepentido, anunciándole el perdon de su culpa; ella, por último, eleva al hombre hasta Dios, que le tiende la mano con afecto.

¿Cómo has de dudar, Lidia mia? Ante los rayos del sol, por más que deslumbren, nadie debe esconderse; sumida en las tinieblas, no sabes en dónde pones la planta, y arrastras una existencia de sufrimientos, sin ver nada grande, nada halagüeño, nada coloreado por la risueña esperanza. La duda es torcedor contínuo que destruye lo bueno y empeora lo malo.

Cree en Dios, y sus revelaciones serán la fuerza de tu espíritu para combatir contra los genios alados del mal, que persiguen á la criatura con el deseo de precipitarla en el abismo.

Cree en Dios, y serás feliz: ¡Dios te ofrece las sublimes bienaventuranzas! Pierde la fe, y no teniendo quien te defienda, se apoderará de tí el demonio de la duda para clavarte las garras y cantar el triunfo de su torpeza.

Dios te concede la vida; á él debes devolver lo que te ha prestado, pero dándole cuenta de tus menores pensamientos. La fe es el escudo que te protege contra las sugestiones del ángel malo: abrázate á la cruz del Salvador, y no te asusten los escollos que te pongan por delante.

La esperanza es consecuencia de la fe: el que cree en Dios, en Dios espera; el que á Dios ama, Dios le premia. ¿Hay nada más fácil que alcanzar el cielo? ¿Hay nada más seguro para el mortal que encontrar la proteccion divina que concede las dichas terrenales? Ya ves, hija mia, á qué poca costa puedes vivir tranquila, sin tormentos para hoy, y con la perspectiva para mañana de los inefables goces de la eterna bienaventuranza.

Tu madre, al explicarte el Catecismo, con la sana razon de toda madre, más elocuente que la de los filósofos, te enseña á esperarlo todo de Dios, inclinándote al bien; y me prometo que nunca se borrarán de tu memoria tan saludables indicaciones.

La fe es la estrella que señala el camino de

la gloria, y la esperanza es el áncora de salvacion de los cristianos.

La tercera virtud consiste en amar á Dios como á nuestro bien supremo, y al prójimo como á nosotros mismos. Basada en tan santos principios, la caridad, hija mia, debe brillar perpétuamente en tu alma, como brilla el resplandor de una lámpara encendida siempre ante la imágen que se venera. El amor á Dios es tan hermoso como legítimo; engrandece al mortal y le proporciona con el regocijo la tranquilidad. El amor al prójimo es tan noble como justo; realza á los séres en sus mútuas relaciones, y conquista la satisfaccion más grande de la tierra: la gratitud.

Sí, Lidia; la gratitud es un deber que has de guardar en tu corazon para ser digna del aprecio público. Besa la mano que te hace el bien, y graba en tu memoria y en tu alma el nombre de tus favorecedores. Los ingratos son raza maldita; sierpes venenosas que desgarran el seno que las abriga. La ingratitud es la peor de las maldades, porque daña al bienhechor.

Uno de los rasgos distintivos de la caridad es la compasion que deben inspirar los males ajenos; allí en donde haya que enjugar una lágrima, vé á derramar el bálsamo del consuelo; allí en donde se presente una miseria que re-

mediar, vé á compartir tu pan con el necesitado; allí en donde veas un desgraciado que sufre, vé á atenderle con tus cuidados; y recibirás, con las bendiciones del socorrido, las bendiciones de Dios.

Nunca, hija mia, te burles de los defectos corporales de tus hermanos; compadece la desgracia, y alza tu voz en defensa del que tiene que vivir en perpétua lucha con el linaje humano, víctima de necias preocupaciones. Ten presente que el cuerpo es miseria que pasa y se destruye; el alma es la que no perece; el alma es la que debe mostrarse libre de todo defecto.

Reparte tu hacienda con los pobres, y Dios bendecirá el pan que lleves á la boca; la caridad es virtud que enaltece en el cielo y en la tierra; la limosna es semilla que siembras para recoger tarde ó temprano el fruto de tu accion generosa; los hombres olvidan los beneficios, pero Dios no puede olvidar al que practica las virtudes.

Da en secreto la lismona, sin hacer gala de tu generosidad, para que sea meritoria á los ojos del pobre y del rico. Recuerda lo que dije en uno de mis libros [1]: «la limosna que á la vista de un pueblo se deja caer en la ostentosa

(1) En la novela *Una perla en el fango*, publicada en mi biblioteca CUENTOS DE SALON.

bandeja de plata para que el ruido llame la atencion, es un alarde de orgullo; la limosna que se deja caer al paso en el modesto cepillo, es un rasgo generoso. Una y otra consuelan al triste; pero la primera la bendice el hombre; la segunda la bendice Dios.»

En fin, hija mia, las virtudes teologales son los lazos que unen al hombre con Dios. Ten fijos los ojos en la tierra, y el alma en el cielo: así evitarás el peligro; así alcanzarás la gloria.

VI.

LA BONDAD.

Á LEOPOLDO.

Al inclinar la cabeza sobre la cuna para verte la cara, se han contraido ligeramente tus facciones, y la más pura de las sonrisas se ha dibujado en tus labios: así deben sonreir los ángeles en el cielo. En esa sonrisa no hay estudio, y se adivina la ausencia de la falsedad en un alma vírgen de toda profanacion.—Hé ahí el retrato de la bondad.

Cuatro meses hace que viste la primera luz, y hoy no eres más que un enigma, desconocido para el mismo que te engendró; hoy no eres más que un problema que el porvenir resolverá. ¿Lloras y ries? Pero ¡ay! ese llanto y esa risa son como las nubes de verano, que se forman y se desvanecen de repente sin causar grandes trastornos. ¡Dichoso tú que ries sin acordarte de las lágrimas que están siempre derramándose del corazon! ¡Dichoso tú que llo-

ras sin que lo sepa tu alma! ¡Qué ventura tan grande! ¡Igualar el dolor con el placer! ¡Fundir la risa con las lágrimas!

¿Quién pudiera, hijo del alma mia, perpetuar en tu rostro ese aspecto de bondad que cautiva? ¡Qué feliz serías entonces en el mundo! La bondad no produce emulaciones, siembra beneficios y perdona las ingratitudes. ¡Qué caractéres tan hermosos!

Hoy nadie envidia tu belleza; todos te aman, y no hay una mano qne no se tienda para socorrerte, para enjugar esas lágrimas, que no son más que simples expresiones de afectos desconocidos, agentes de una lengua que no sabe significar con palabras sus deseos. La simpatía universal es patrimonio de la bondad; y la bondad está retratada en tu rostro infantil.

Mañana llegará la razon á alumbrar tu inteligencia, y tus facciones se contraerán en las grandes luchas con los sentimientos; y llegarán despues las pasiones á robarte esa sonrisa de ángel, dando intencion á tus labios y movimientos estudiados á tus ojos. ¡Ay! ¡cómo lamentarás entonces la pérdida de la tranquilidad que hoy disfrutas con la ignorancia del candor!

La bondad es el realce de la hermosura. Cuando el primer rayo de la luz del sentimien-

to produzca en tu alma la viva llama de las pasiones, estudia la manera de conservar aquel relieve, valiéndote de esfuerzos que dominen el impulso de esas pasiones; con la bondad triunfarás de la envidia, el peor de los enemigos personales. Procura aparecer inferior á todos, y todos te alabarán; el que se levanta una línea sobre el nivel social, se ve atacado por los que no transigen con la superioridad, aunque ésta se halle justificada por el talento ó por dotes poco comunes.

La humildad se eleva sin saberlo. No te arrastres como el caracol, porque anda entre fango y le dan con el pié; pero tampoco intentes cruzar el espacio y remontarte como el águila caudal: tiende el vuelo hasta donde alcance la fuerza de tus alas.

No manches tu boca con la mentira, que por sencilla que parezca es siempre pecado. La mentira es madre de la calumnia; ésta envilece al que la inventa y mata á la víctima que escoge como objeto de una venganza.

La venganza es mala pasion, impropia de almas nobles; perdona al que te ofende y humíllale con una buena accion; este sacrificio que el alma se impone es el carácter más distintivo de la bondad. La humillacion del enemigo produce satisfaccion, pero la venganza que satis-

face en el primer instante, deja despues un remordimiento.

No guardes rencor á los que se opongan á tus deseos, valiéndose de torpes medios, y les harás comprender su bajeza, avergonzándose de su mala accion. La dignidad en el hombre es el arma terrible con que se hiere á los necios y á los presuntuosos que pretenden dominar el mundo, sin conocer su impotencia.

Abre las puertas de tu casa á los que te busquen, no niegues la mano más que á los malvados, socorre á los menesterosos, compadece la desgracia de los que se extravíen, alaba lo bueno, proponiéndote imitarlo, no censures lo malo mientras no te toque corregirlo, y no se levantará contra ti ese rumor que empieza en el umbral de tu morada y se esparce por la ciudad, sembrando el descrédito, injusto muchas veces, pero que siempre deja rastro difícil de borrar. La bondad es el escudo contra la maledicencia.

Nada hay más agradable que la simpatía pública; y esta, hijo mio, no se adquiere sino á costa de sacrificios personales y con pruebas inequívocas de rectitud de proceder. En el campo de los afectos se siembra mucho para coger poco, porque hay que luchar contra la ingratitud; la ingratitud es la langosta social, pues se

alimenta con el fruto ajeno, destruyendo y talando sin piedad.

Oirás decir en el mundo que el rostro es el espejo del alma; y es exacto el pensamiento. La bondad es uno de los caractéres de la virtud que mejor se reflejan en la cara. La bondad conquista mayores simpatías que la hermosura, porque aquella no exige más que respeto, miéntras que ésta exige vasallaje. La bondad es un don; la hermosura es una dote; aquella es ménos brillante, pero más duradera; ésta es ménos comun, pero más peligrosa. La primera llama á las puertas del alma; la segunda llama á las puertas del corazon.

La bondad con la hermosura es el bello ideal de los sentimientos.

En tu rostro infantil se retrata hoy la bondad. Consérvala, hijo mio, en tu corazon, para que te sirva mañana de poderoso atractivo, á fin de conquistar y sostener el aprecio público, tesoro inestimable.

VII.

EL MIEDO.

A EMMA.

¿A dónde vas despavorida? ¿Por qué te prendes de mis brazos y siento heladas tus manos? ¿Qué peligro corres cuando así te alteras? ¿Quién te persigue?... Tranquilízate, hija mia, para que escuches mi voz, y convencida te rias de tu mismo espanto.

Tu ánimo está perturbado por el temor de un peligro imaginario; pues la risa de tus hermanos me hace comprender que quisieron burlarse de tu timidez, haciendo ruido detrás de la puerta, cuando entraste en el cuarto oscuro. La oscuridad no es más que la ausencia de la luz, y á poco que reflexiones, comprenderás que siendo los fantasmas engendro de la imaginacion, no se aparecen sino á los pobres de espíritu que no saben dominarla; nada hay sobrenatural en la tierra; y sobrenatural sería que

en la oscuridad se te aparecieran séres fantásticos, que no teniendo cuerpo, no pueden existir.

Ven conmigo; penetra otra vez en esa habitacion, con ánimo sereno.—Mientras más abres los ojos, ménos ves; y esto te prueba que dominada tu excitacion, te acostumbrarás á entrar sola, desafiando apariciones imposibles. Y si alguna vez, como hace un momento, oyes ruidos extraños, no te alteres, con la seguridad de que no te amenaza un peligro; las asechanzas se preparan en silencio cauteloso para no errar el golpe, y el ruido anticipado es aviso preventivo, que hace poner en guardia para la natural defensa al hombre animoso, y emprender la fuga al pusilánime.

Los cuentos de brujas y de duendes con que, por instinto de maldad ó por torpeza reprensible, entretienen á los niños las personas asalariadas á quienes la familia se ve obligada á encargar su cuidado, excitan fuertemente los cerebros débiles y engendran esas visiones originarias del miedo que trae tan fatales consecuencias.

Las primeras impresiones de la vida nunca se borran: marcan el camino porque dejan huella profunda; y como influyen poderosamente en la corriente de la existencia, es preciso cui-

dar de que no se fijen aquellas que han de lastimar el cerebro ó viciar el instinto; por eso ves, mi querida Emma, que el hijo del veterano aguerrido en los combates, se duerme arrullado con la relacion de las victorias de su padre; y al despertar acaricia su espada, soñando con el dia en que podrá ceñirla, sin que le infunda temor la muerte que ha de cruzarse en su camino á cada paso; y por el contrario, el niño que cierra los ojos por las noches, oyendo cuentos de sucesos y apariciones tan extraordinarios como inverosímiles, duerme sobresaltado, ve en las sombras lo que no existe, y cuando llega á ser hombre se estremece ante la idea del menor peligro, que no sabe combatir.

No debe confundirse la prudencia con el miedo, como no debe confundirse el valor con la temeridad; la prudencia y el valor son convenientes en sus justos límites; el miedo y la temeridad son siempre perjudiciales.

La prudencia es la virtud del valor; en las grandes tribulaciones de la vida se prueba el temple de alma de los séres; lanzarse ciegamente á correr el peligro, constituye la temeridad; conservar el ánimo tranquilo para hacer frente y vencerlo, determina el valor; temblar y abandonarse al peligro por falta de resolucion, retrata el miedo. Nada más inconveniente

en la sociedad que un temerario; nada más noble que un hombre valeroso; nada más despreciable que un cobarde.

Generalmente, en la educacion de la mujer se descuida la ventaja de infundir alientos á su espíritu, porque se sabe que no nace destinada á luchar en los campos de batalla, ni se ve obligada á defender con las armas las ofensas que se infieren á su patria, á su familia, ó á su honor; se dice que la debilidad es uno de los rasgos característicos del sexo femenino; pero se confunde torpemente la debilidad física con la debilidad moral. Verdad es que la mujer no debe ser varonil, para no desvirtuar las inclinaciones que le marcó la sábia naturaleza y que le señala la sociedad; pero debe ser fuerte; no nace destinada á pelear, como los hombres, pero tiene que combatir contra un enemigo terrible, tanto más poderoso cuanto que es invisible: el infortunio.

El infortunio hiere lo mismo el corazon del hombre que el de la mujer; y si lo encuentra apocado, si no se procuró fortalecerlo, si por el contrario, se le debilitó con las excitaciones que, perturbando el cerebro, lo lastiman directamente, no le opondrá la debida resistencia. El valor se adquiere con el hábito de afrontar el peligro verdadero y de no crear peligros imaginarios,

que acaban por abatir el ánimo, alterando sensiblemente el sistema nervioso.

El infortunio llama á las puertas del hogar para aposentarse en él, cuando la más dulce de las sonrisas, símbolo de la suprema felicidad, se dibuja en los labios de una familia entera; el infortunio, enemigo implacable, como un turbion lo destroza todo, arrebata la fortuna, gozándose en presentar el cuadro de la miseria, hiere como el rayo, tronchando la existencia de un sér querido, y reparte horribles dolores físicos y morales, sin que le ablanden los ruegos ni le estremezcan las lágrimas. El miedoso entonces se desespera, se esconde, se abate, y no ve en lo porvenir más que la nube negra que le espanta; el valiente dobla la rodilla para pedir á Dios misericordia, levanta la frente para sufrir con resignacion, y por entre las pardas nubes que lo envuelven, el ojo sereno de la fe divisa el rayo luminoso del arco-íris que le ofrece la esperanza. El abatimiento es el primer síntoma alarmante del miedo; el abatimiento es el principio de la muerte anticipada.

La importancia del valor se aprecia todavía más en aquellos sucesos de la vida, que lo mismo afectan al hombre que á la mujer; no es sólo el infortunio el que á ambos amenaza con

idénticas circunstancias; hay calamidades violentas que exigen de los séres humanos valor á toda prueba y serenidad de ánimo para buscar los mejores medios de salvacion: el saqueo de la ciudad en que se encuentran, el incendio de la casa en que habitan, el naufragio del buque donde navegan, les presentan la muerte con iguales horrores, y es necesario vivir preparados para combatir esos peligros, para sufrir sus estragos, y en último caso, para elevar al cielo los ojos, demandando el perdon de sus culpas en la última hora que tan cruel é inesperadamente llega á sorprenderlos.

El que tiene valor ve el peligro con cristales de disminucion, y sufre ménos; el que tiene miedo ve el peligro con cristales de aumento, y sufre doble.

El hombre miedoso sirve de befa en la sociedad, porque abdica de su sexo; la mujer miedosa es víctima de sus nervios, que castigan su debilidad; el miedo en aquél es una degradacion; en ésta es una enfermedad.

No tengas miedo más que á tí misma, hija mia; es decir, vive con el mayor cuidado para que no te separes del camino de la virtud, cumpliendo estrictamente con los preceptos de la religion y con los deberes sociales que exigen una vigilancia, de gran responsabilidad en

el hombre, para gozar de la calma mientras vive, y de la paz eterna despues que muere. Sólo hay un miedo permitido al sér humano, freno de las pasiones y triunfo de la razon : ¡el santo temor de Dios!

VIII.

LA EDUCACION DEL HOMBRE.

A TEODORO.

«¿Quereis saber el estado de civilizacion de un pueblo?—Averiguad el número de alumnos que presentan sus escuelas, la calidad de estas y la cantidad de instruccion que propagan, y luego obtendreis la solucion.»

Esto ha dicho un escritor contemporáneo.—Esa sencilla pregunta y esa oportuna respuesta pondrian de relieve la importancia de la instruccion, si no estuviera generalmente reconocido que difundir las luces de la inteligencia es la primera necesidad de los pueblos civilizados.

El que sabe debe enseñar; el que no sabe debe aprender; y hé aquí la cadena más fuerte que liga á los hombres en las relaciones importantes de la sociedad. El ignorante vive supeditado á la ley del saber; para que esa cadena no lleve á la tiranía, los hombres nivelan las inteligencias, poniendo unos su talento y otros

su estudio, que la constancia acerca este á aquél, en cuanto es posible. El talento crea; el estudio adquiere; y yendo por diferentes caminos, se encuentran al fin, ayudándose el uno al otro en las grandes empresas. La ignorancia es la que, permaneciendo estacionaria, se ve á cada paso atropellada por el impulso del progreso que el talento y el estudio imprimen á la imaginacion.

El estudio es árido al principio; pero á medida que se va ensanchando el horizonte de la ciencia, proporciona las grandes satisfacciones del amor propio y el triunfo del saber, que se presenta como soberano del mundo. No es ménos penoso el cultivo del campo, que fatiga el cuerpo y destroza con el arado la mano del labrador, y este recoge despues como premio de sus afanes la dorada espiga.

Muéstrate, hijo mio, avaro de saber, pensando en el porvenir, que te espera con sus exigencias y necesidades apremiantes; sólo á costa de grandes esfuerzos se hace el hombre digno de su época, y no dudes que las horas consagradas en la infancia y en la adolescencia al estudio y al trabajo dan por resultado, no sólo asegurar la subsistencia de la familia que formes, sino el prestigio de la consideracion social que rodea al talento.

El hombre instruido no encuentra cerradas las puertas del mundo, y cuando el infortunio con sus rigores se declara contra él, se abre camino para hacer frente á la desgracia. El que sabe es siempre rico; su caudal nunca se agota, porque no está expuesto como el dinero á los cambios de la fortuna veleidosa; allí donde hay uno que necesita aprender, y otro que sabe enseñar, tiene aquél que vivir á expensas de éste para dar á su ignorancia el beneficioso pasto de la inteligencia. Vivir en la ignorancia es acercarse el hombre al bruto y despreciar las facultades de la razon sobre el instinto que la Providencia le ha concedido.

El instinto es privilegio que nace en todo su desarrollo con los séres irracionales; la razon es en los séres racionales facultad del entendimiento que necesita cultivarse; nace preparada para el estudio, y con él se enriquece; los raciocinios son más ó ménos fundados, segun el mayor ó menor cultivo de la inteligencia que los produce. La persona ilustrada se hace temer y respetar sin más apoyo que su razon, sin más fuerza que su ilustracion misma; se surte en el arsenal de sus conocimientos, y no hay armas tan poderosas como las de la instruccion para combatir contra la ignorancia.

Estudia mucho para saber poco; es decir,

ensancha el círculo de tus deseos para encerrar dentro de ese espacio el profundo conocimiento de una materia, y cuando llegues á apoderarte de ella, empieza otra, á fin de ir consolidando tu educacion; el que á la vez abraza muchas materias forma en su cabeza el caos, y no llega á brillar en ninguna. La universalidad en los diferentes ramos del saber, nunca se consigue; la vida del hombre es corta para consagrarla á tan deseado triunfo.

Se ha escrito mucho para determinar cuál sea el mejor sistema de educacion; y creo imposible resolver generalmente cuestiones de esta importancia, enlazadas con la personalidad; fijar reglas ó principios, sin contar con el carácter ó la disposicion de cada uno de los educandos, no me parece conveniente; el mejor principio del sistema que debe seguirse es este: despertar el amor al estudio; y la mejor regla es esta: enseñar bien. Semejantes razonamientos se juzgarán insustanciales, pero son dos axiomas.

Para ser cuando ménos útil á la sociedad, tienes que valer algo; y el hombre ignorante es cantidad negativa, que donde quiera que llega encuentra el desden de la superioridad. No hay satisfacciones más grandes que las de la admiracion; la persona ilustrada que ha conse-

guido acreditar su talento, se impone y llega á ser necesaria.

El tiempo es dinero, ha dicho Franklin; y en tan pocas palabras no se ha escrito sentencia más provechosa. Consagra las horas al estudio para fijar tu suerte, que cada vuelta que da el minutero por la esfera del reloj es una despedida eterna del tiempo; y dia llegará en que llores esa pérdida irreparable. Fórmate una carrera ó aprende un oficio para vivir prevenido, contando con tu ciencia ó con tu trabajo en todos los accidentes de la vida, y aguarda tranquilo el porvenir.

Tu maestro es tu segundo padre; respeta en él al que siendo superior á tí, te dá los conocimientos que posee, y presta atencion á sus consejos y á sus lecciones; su severidad, que hoy te parece injusta, mañana será un mérito inapreciable á los ojos de tu razon. Recorre, hijo mio, la estadística criminal de los pueblos, y te convencerás de una gran verdad que debiera servir de estímulo á los padres que abandonan la educacion de los niños; la clase ignorante de los grandes centros de poblacion es la que en mayor número llena las cárceles y los presidios; la instruccion enseña el peligro y contiene el desbordamiento de las pasiones, porque llega á formar, por decirlo así, una segunda naturaleza.

El trabajo y el tiempo que consumen las ocupaciones de una carrera libertan al hombre de las necesidades de la miseria y de los riesgos de la vagancia; el cerebro, como el estómago, exige alimento constante, pero moderado; cuando le falta, sufre alteraciones que originan la pérdida de la fuerza, precedida muchas veces de exaltaciones fatales. Piensa en labrar tu suerte, y no te asaltarán las ideas perniciosas que forjan la ociosidad y la carencia de recursos.

Enriquécete con conocimientos provechosos, y te enorgullecerás, distinguiéndote en la aristocracia del talento, que ha de ocupar siempre el primer puesto en la sociedad.

Estudia, y serás respetado; estudia, y serás querido; estudia, y serás admirado. ¡Qué tres triunfos, mi Teodoro! ¡La consideracion social, el cariño y la admiracion! ¡Ahí tienes las tres nobles aspiraciones del linaje humano! Alcánzalas á fuerza de estudio, y te parecerá deslumbrador ese mundo que tanto desacreditan los ignorantes.

IX.

LA EDUCACION DE LA MUJER.

Á MARÍA.

¿Has leído, hija mia, la leccion anterior que dediqué á tu hermano?—Te parecerá que despues de haber recomendado la importancia de la educacion nada tengo que añadir, puesto que á tu manera de apreciar la cuestion, en nada debe influir la cualidad del sexo; pero te equivocas, y voy á convencerte del diferente sistema que ha de seguirse para alcanzar el resultado satisfactorio que todo padre se promete.

Para el hombre se abren grandes horizontes, y necesita de preparaciones especiales; una vez formado su corazon, entra en el mundo, que le aguarda con las luchas superiores en que ha de poner á prueba su inteligencia, el esfuerzo de su ánimo y el rudo combate de sus pasiones; aprende á evitar los peligros y á dominarse. Padre de familia, se encuentra provisto de la experiencia para el consejo; hombre pú-

blico, sabe mandar ú obedecer, segun el puesto á que la suerte le destina; obrero, posee fuerzas para trabajar y atender á las necesidades de la vida; artista, busca la gloria por diversos caminos, sin que pongan vallas á su genio; guerrero, se lanza al combate á la sombra de su bandera, llevando en su escudo el símbolo del honor; juez, da á cada uno lo suyo, y recibe la bendicion de los buenos, gozando con la paz de su conciencia. ¡No hay trabas para sus instintos! ¡no hay barreras para sus aspiraciones! ¡El campo es inmenso y está sembrado de laureles! La escuela del mundo es grande, y su triunfo seguro, si se deja arrastrar por la virtud.

El horizonte de la mujer es limitadísimo: su mision está encerrada en el hogar; la mujer nace destinada á ser madre de familia; pero esa limitacion, que parece tan corta, es de mucha responsabilidad, y sobre todo, de grave trascendencia. ¡Hija, esposa y madre! En esas palabras tan breves se encierra una existencia de sacrificios inapreciables, pero tambien de goces purísimos santificados por los afectos más nobles.

Los pueblos grandes, para dar impulso á su progreso, para conquistar esa misma grandeza, levantan en el corazon del hombre un altar á la mujer, y de rodillas ante ese ídolo, mar-

chan por el camino de la civilizacion; y sólo así pueden ser grandes los pueblos; el hombre, reinando con el brazo y la cabeza; la mujer, subyugando é imponiendo su prestigio con el corazon; los hombres, vasallos de las mujeres, que ejercen dulce tiranía, puesto que vencidas mandan, amarrando las voluntades con cadenas de flores.

El hombre sueña con el laurel de la gloria para arrojarlo á los piés de una mujer; pero es preciso que la mujer sea digna; y sólo con una buena educacion alcanzará tan noble triunfo.

No creas, hija mia, que mis palabras encierran una especie de aprobacion de la idea vulgar que por desgracia predomina, de que la mujer no debe adquirir instruccion sólida, destinándola solamente á cumplir con las prosáicas tareas del interior doméstico. ¡No, y mil veces no! La ilustracion de la mujer es una necesidad, una necesidad imperiosa; nadie puede dar lo que no posee, y la mujer está llamada á enseñar; pero ántes que sábia, debe ser virtuosa, porque la semilla de la ciencia cae en terreno perjudicial cuando la virtud no se anticipa á prepararlo; los frutos que se recogen son dañados; y así no vacilo en repetir que es preferible en la mujer la ignorancia á la inteligencia mal dirigida.

El hombre entrega á los maestros la cabeza y el corazon; pero la mujer no puede ni debe entregar el corazon más que á su madre; á nadie es permitido profanar ese santuario de los sentimientos; en buen hora la maestra conduzca á la niña por las ignoradas sendas del saber, á fin de formar su instruccion; aprenda cuanto es necesario para brillar en la sociedad y trasmitirlo despues á sus hijas; pero el corazon pertenece exclusivamente á la madre y á nadie más que á la madre; las máximas del bien, el santo temor de Dios, el recogimiento del candor, las excelencias de la virtud, son aromas que se aspiran en los primeros años, al calor del hogar, con el ejemplo. La maestra debe encontrar ese campo cultivado y lleno de flores cuando empiece á desempeñar su elevada mision de ilustrar el entendimiento, y de acostumbrar á su discípula á las labores del sexo.

El corazon de la mujer guarda secretos que sólo á la madre es dado descubrir; el alma de la niña encierra una esencia preciosa que sólo puede exhalarse á la sombra de su madre para que no se pierda; el amor de la madre y el interés que le inspira aquella débil criatura, exigen ese cuidado, puesto que es responsable ante Dios y el mundo del honor de su hija. El corazon de la niña es de tan blanda cera, que la

compresion más suave le hace perder su forma. La maestra enseña con la cabeza; la madre enseña con el corazon; y para el corazon no hay mejor maestro que el corazon mismo.

Los hombres, hija mia, por más que digan lo contrario los calculadores de este siglo, no caen subyugados á los piés de la mujer sino por la fascinacion del talento ó por el encanto de la virtud; no eres rica, y has de triunfar por tus propios merecimientos. El oro cautiva á los miserables, pero ten presente que la felicidad doméstica es como ciertos riquísimos metales, que no admiten liga; la felicidad doméstica se logra con la instruccion y con la práctica de las virtudes; no hay hombre que no doble el cuello ante esas excelencias; con esas cualidades la mujer reina en su casa. Sé buena, y serás dichosa.

No hagas caso de los detractores de la mujer; esos hombres han tenido madre y tendrán hijas. ¿Cómo no han de arrepentirse de haber lastimado lo que más se ama en la tierra? Estudia, María, para ser mañana adorada; imita á tu madre para que te respeten y te admiren.

La educacion es la base de la familia. La mujer ignorante no puede ser buena madre porque expone á su hija á los peligros del mundo. La mujer ilustrada y virtuosa es la garantía

de la sociedad, que en sus hijas le tiene confiado el porvenir.

La mujer es un tesoro; pero tesoro que posee el inapreciable dón de valer lo que ella misma se propone: el mundo la tasa en lo que ella se estima. ¡Ni la mujer ni el mundo se equivocan nunca!

X.

LAS PASIONES.

A TEODORO.

¿Viste ayer en el paseo aquel brioso caballo que lucia la esbeltez de sus formas con sus escarceos, caminando á compás, celebrado de todos y dócil á la experimentada mano que le guiaba? Y ¿no viste despues cómo al estímulo de otro corcel indómito que le pasó por delante, movió las orejas con impaciencia, se encabritó, y rebelándose contra el látigo que le amenazaba, espantándose él y espantando á los que le contemplaban, escapó sin obedecer al freno que le rompia la boca? Te estremeces al recuerdo, y haces bien, pues el caballo fué á estrellarse contra una pared, derribando al jinete que queria contenerle.

Hé ahí el hombre, mi amado Teodoro; mientras marcha dominado por la razon, sabe vencer los peligros que se le presentan; pero cuando ofuscado se lanza por el mundo, se precipita

bien pronto contra el primer escollo, que no ve en su ceguedad.

Aceptado el ejemplo práctico que me ha servido para presentarte la idea, la estudiaré bajo ese punto de vista, y así te será más comprensible.

La razon es el freno de las pasiones; mientras aquella domine, está el hombre bajo el imperio del deber, y su marcha es acompasada, uniforme, sin separarse un paso del camino de la virtud que, por escabroso que sea, ofrece siempre bello triunfo.

Los deseos son las espuelas de la imaginacion; ésta busca dilatados horizontes para tender las alas, forjándose quiméricas ilusiones, que no son más que la falsa perspectiva de tristes desengaños; pero el freno es poderoso, y cuando consigue cortarle el vuelo, le enseña la verdad; entonces aprende el hombre á conocer el peligro, mide el paso y agradece el consejo salvador.

El caballo indómito que desbocado incita al compañero es el mal ejemplo; éste, hijo mio, bien porque corra engañado, bien porque se goce en pervertir á los demás, es siempre perjudicial. Las malas compañías son causa de la perdicion del hombre, porque, desgraciadamente, hay en el corazon una tendencia fatal á imitar lo malo

y á ver con cierto desden lo bueno; por eso, desde niño, es preciso rodearse de personas de recto proceder, y huir de las que desprecian los consejos de sus padres y de sus maestros. El instinto se anuncia en la criatura demasiado pronto, y en ese primer rayo de luz se ve alumbrado el porvenir. Los refranes, inventados muchas veces por el pueblo, son verdaderas sentencias que debes tener presente; el mundo que te observa y te sigue los pasos, deja caer en tu oido este refran: *dime con quién andas y te diré quién eres.* ¿No encuentras en esas palabras vulgares una gran verdad? El que se roza con el fango no puede ménos de salir manchado; por el contrario, el que buscando la pureza vive entre flores, podrá clavarse las espinas, pero trascenderá á esencias.

Nunca lo olvides: el que practica el vicio se entretiene en predicar sus malas doctrinas, deslumbrando á los incautos con los engañosos atractivos del placer; en cambio, el que practica la virtud suele predicar en desierto, porque como el camino de aquella es escabroso, pocos van espontáneamente á disfrutar de las legítimas sensaciones, que no se encuentran hasta el fin de la jornada. El primero te arrastrará con él al abismo; el segundo, si no estás bien preparado, podrá no atraerte, pero no te precipitará.

El ánimo, principio de las operaciones racionales, es blanda cera dispuesta á recibir la forma que se la quiera dar; de los primeros pasos de la vida depende el porvenir; y fundado en este razonamiento, me esfuerzo para despertar en tu imaginacion la necesidad de combatir contra los poderosos enemigos que han de cruzarse en tu camino para torcer tus buenos instintos y destruir en una hora todo un sistema de educacion, toda una vida de preparaciones eficaces. Graba en tu memoria y en tu alma con caractéres indelebles los principios del bien, y no temas á los agentes destructores de la virtud que acudirán en el mundo, provistos de sus dorados ensueños, para aturdirte y perderte. Todo depende del primer paso: una vez lanzado en la pendiente, ya no puedes contenerte; en los planos inclinados, el cuerpo rueda por su propio peso, sin que á veces baste á detenerlo algun obstáculo que encuentre en su caida.

Las pasiones, que las constituyen las perturbaciones ó afectos del ánimo, son los enemigos de la razon, los agentes destructores de la virtud, que ántes te cité; lleva en el pecho un escudo contra sus golpes para rechazar su atraccion; en el alma, la luz de la verdad para que alumbre tu entendimiento y te libre de va-

cilaciones; en el corazon, los nobles sentimientos para oponerlos á la maldad; en la memoria, las máximas del bien para no dar entrada á los pérfidos consejos y á las sugestiones de los vicios; y provisto de ese modo, lánzate al mundo á combatir contra tan formidables enemigos.

En los bordes de la cristalina copa paladean los labios el sabroso licor que incita á apurarlo; pero detente un instante: da lugar á la reflexion que llega á anunciarte el peligro: ¡en el fondo de la copa está la embriaguez! Mírame bien, hijo mio; ¿no ves mis cabellos erizados y el espanto en mis ojos? La embriaguez es la pérdida de la razon; en ese estado, el hombre ya no se pertenece; se olvida de la sociedad, que desde aquel instante le rechaza y le cierra sus puertas; de su familia, que le exige el ejemplo; de su propia dignidad, que se revuelca en el cieno; esa hora de extravío traerá otras horas iguales, porque la mala pasion se apodera del ánimo, y ya no es fácil dominarla para poderla vencer. Noé, postrado en el suelo, en el letargo producido por el fruto de la viña, se vió escarnecido por su hijo Cam..... ¡No, mi Teodoro! La embriaguez es uno de los enemigos más terribles del hombre, porque le roba su personalidad, poniéndole á merced de la befa del mundo.

La naturaleza marcó al cuerpo humano la cantidad de alimento que necesita para sostenerse y funcionar arregladamente. La gula es pasion desordenada que entorpece los miembros, robando al cuerpo la agilidad; afecta á la salud, quita á los sentidos su lucidez, y priva al hombre del mérito de la continencia, que es una virtud.

Busca en la constancia del trabajo los recursos para atender á las necesidades de la vida, guardando lo que te sobre, á fin de labrar una fortuna que te ponga á cubierto de las fluctuaciones de la suerte en las épocas contrarias; pero no te acerques al tapete de la mesa de juego, con objeto de pedir al azar lo que ha de negarte siempre; esa mesa es el abismo de la razon y de la dignidad del hombre; allí se deja todo, para recoger sólo el descrédito social. Los tahures te robarán el dinero, abusando de tu inexperiencia; y los que jueguen de buena fe, te expondrán á dejar en sus manos tu pan de mañana, ó á que los despojes de la herencia de sus hijos. El velo que cubre los ojos del jugador le oculta la puerta del crímen, por donde entrará sin remedio, empujado por la torpe pasion que le domina; las emociones violentas del tapete alteran los nervios, y sentirá sed insaciable de oro, que ha de obtener á cualquier

costa. Esas fuertes emociones agotan en el hombre las fuentes de la sensibilidad; para el jugador no hay más que la baraja; todas las nobles aspiraciones del alma se pierden ante el sentimiento vil de la ganancia; la mujer, la gloria, la esperanza, grandes estímulos de la juventud, desaparecen, para limitar la existencia del jugador á un sueño perpétuo: ¡el oro! Este sueño, hijo mio, tiene siempre terrible despertar: ¡la miseria con el deshonor!

Modera tus genialidades para adquirir la calma conveniente con que has de dominar los accesos de la ira; te dije en otra de mis lecciones, que la ira era mala pasion, y necesito repetírtelo aquí, al presentarte el cuadro de los enemigos con que has de luchar; con la templanza se triunfa de todo, pues mientras el hombre sea dueño de sí mismo, tiene por consejera la razon; esta puede equivocarse, pero deja siempre abierto el camino para reparar los males que involuntariamente produce. La indignacion es el antecedente natural de la ira; pero deteniéndose en sus justos límites, en vez de rebajarte, te ennobleces. Cuando por efecto de alguna mala accion de otra persona, se lastime tu dignidad y sientas aquel movimiento del alma, recházalo con energía, sin perder una línea de terreno, para no parecerte al bruto, que

clava las garras ó los dientes cuando le molestan. El hombre tiene armas poderosas para su defensa; mas necesita usarlas con la templanza, que, abatiendo al enemigo injusto que ataca, proporciona el triunfo.

¿Crees valer más que otros porque te encuentras desvanecido y satisfecho de tus propias prendas? ¿Quién te concedió el derecho de estimarlas? La repeticion de tus actos en la vida pública, la calidad de tus hechos, el valor de tus trabajos, los aprecia el mundo; y por más que digan lo contrario los escépticos sociales, el mundo hace justicia siempre al hombre bueno que se envuelve en la capa de la modestia; el mérito pierde gran parte de su valor cuando la vanidad pregona sus alabanzas; aquél se anuncia por sí mismo y se impone; la violeta escondida, á pesar de su pequeñez, á pesar de su pobre aspecto, atrae con el precioso aroma que la naturaleza le regala; su recogimiento enaltece su mérito; por eso la belleza la busca; por eso el mundo la admira; por eso la cantan los poetas; por eso llegó á ser un símbolo.

Los libros consagrados á despertar en la niñez las ideas de la sana moral, te predican en contra de la ambicion. Sí, hijo mio; la ambicion bastarda es una de las malas pasiones, pues produce otras como la envidia y la avari-

cia, que suelen confundirse por sus fatales instintos; pero hay que hacer distinciones: esa pasion noble, cuando va mal dirigida, engendra aquellas pasiones desordenadas. La envidia y la codicia hacen malo al hombre, porque de su imaginacion se apodera un torpe deseo: despojar á sus hermanos de aquello que han ganado. Procura valer más que todos por tus merecimientos; procura ganar con honradez ese oro que desvela á los avaros, y lánzate al campo de la ambicion bien entendida para conquistar la fama, enalteciendo tu nombre; la ambicion ha servido de pedestal á todas las grandes obras de la tierra. Sin la ambicion, la historia no registraria hechos inmortales, y el mundo se veria muy pequeño. La envidia roba con el pensamiento; la avaricia mata los ilusiones; la ambicion empuja al hombre al templo de la inmortalidad.

La mujer nace destinada á ser tu digna compañera; aprende á estimarla, no aceptando el juicio de los que se consagran á escribir y hablar contra ella, pintándola como un mónstruo, para ahogar en tu corazon y en tu alma los generosos impulsos que te arrastrarán mañana á buscar á su lado los encantos del amor puro, las delicias del hogar, el sentimiento de la familia. Vuelve los ojos á tu madre, que te

acaricia y se desvela por tí; toda mujer está preparada para hacer la felicidad de un hombre, para repartir los dones de la bondad en el cuadro que completa con su presencia, para sacrificarse por sus hijos. Respeta á la mujer buena, y no ultrajes á la que tiene la desgracia de olvidarse de sí misma: bien castigada está por su conciencia. No manches tus labios con la difamacion de la mujer; en lo pasado, escupes á la frente de tu madre; en lo presente, arrojas fango á la frente de tus hermanas; en lo porvenir, imprimes el sello de la infamia en la frente de la mujer que la Providencia te destine para compañera. No vicies tu corazon con el desórden, y gozarás con las inefables venturas que encierra la pureza del amor.

Para dominar las pasiones, ocupa las horas del dia en el trabajo, que ofrece siempre premio á los que le piden recompensa; la pereza, madre de la ociosidad, destruye el cuerpo y la imaginacion, robando á la sociedad un hombre útil. La sociedad tiene derechos y el hombre tiene deberes; ni aquella abdica los derechos, ni este puede dejar de cumplir los deberes.

Por último, el lujo es vicio que pierde á los hombres; hijo bastardo del orgullo, produce con sus instintos el desnivel social; la exageracion del lujo es mal temible, porque des-

truye la fortuna del que pretende aparentar lo que no encuentra ni en su esfera, ni en los recursos con que cuenta. El lujo es una expropiacion á la familia.

Ya ves, hijo mio, el cuadro de las pasiones que te presento para prevenirte, ántes de entrar en el mundo que te abre sus puertas. Sé fuerte, lucha, y triunfarás. La estimacion pública se conquista llevando la frente levantada, y en ella impresos los actos de la vida. La conciencia, que te parece un abismo, es espejo donde se retrata el hombre.

XI.

EL RESPETO.

A MI PADRE (1).

La sociedad hace indisolubles los lazos de la familia; la ley les dá proteccion; el instinto los fortalece; el corazon los declara eternos.

¿Como se rompen los eslabones de una cadena de hierro dorados por el más tierno de los amores? La sucesion de padres á hijos se perpetúa por un afecto santo, por un derecho legítimo, por un deber respetable.

Al escribir un libro para mis hijos no puedo olvidar á mis padres; aquellos son para mí lo

(1) El tiempo, implacable en los efectos de su marcha, con un golpe terrible dirigido á mi corazon, pretendió borrar de mi libro este capítulo; despues de publicada la anterior edicion, mi buen padre me abandonó para buscar en otro mundo mejor la eterna felicidad, allí donde no hay más que bienaventuranzas. Mi padre no ha muerto para mí, y esta leccion no pierde su oportunidad; ántes me inspiraba *respeto* su persona; hoy respeto su memoria querida. Los hombres vuelven á la tierra de donde salieron; pero cumpliendo con la mision que la Providencia y la sociedad les señalan, en su peregrinacion por el mundo, su memoria es eterna.

que he sido para estos: hé ahí los lazos indisolubles; hé ahí los eslabones de la cadena, entrelazados por un amor que empezó con los segundos y acabará con los primeros, en dulcísima confusion: hé ahí la familia.

El amor de los padres á los hijos es todo ternura, todo grandeza, todo abnegacion; el amor de los hijos á los padres debe ser todo gratitud, todo cariño, todo respeto. Una sola diferencia existe entre ambos afectos: el primero representa un derecho; el segundo encierra un deber.

Soy hijo y soy padre. Lleno de estos dos amores, llamo á juicio mi corazon y mi conciencia, y los encuentro alumbrados por la santa inspiracion, tranquilos por el cumplimiento de las obligaciones que impone la sociedad y que dicta el alma; creo que soy buen hijo y buen padre; así no temo levantar la voz al descorrer el velo que cubre la conciencia y el corazon de los mortales.

Tú me conoces, padre mio, y sabes que correspondí á tu ternura; fuiste para mí un amigo verdadero, y jamás abusé de la fraternidad que desde niño me dispensaste para atraerme y sujetarme. En tí encontré siempre confianza y cariño; y en justa correspondencia, encontraste siempre en mí cariño y respeto. Tus desvelos se vieron recompensados, que nunca me pro-

nuncié contra la severidad de tus reprensiones, adivinando por instinto que la voz de un padre no aconseja el mal, ni se ve inspirada por la injusticia.

Hoy recojo el fruto de tus sanos consejos, que guardé en la memoria como máximas evangélicas. «¡Hijo eres y padre serás!» me decias; y hoy repito á mis hijos esa frase sentenciosa. Sigo las huellas del honor y de la virtud que me trazaste, y por encima de ellas enderezo los débiles pasos de las criaturas que llevan mi nombre. Dios me premiará como á tí, y moriré contento.

Los desengaños que lloré fueron consecuencia de mis errores; desengaños que me fortalecieron para insistir hoy en evitar el mal que amenaza á los hijos de mi amor; la experiencia es gran maestra y predica la verdad.

El padre es el primer maestro, el mejor consejero, el guia más seguro de los niños; la experiencia que proporcionan la edad y el conocimiento de los peligros del mundo, el cariño que no se pierde, ni llega á distraerse en el cumplimiento de un deber, y el deseo de perpetuarse en aquella existencia que es suya, dan al padre una superioridad nunca desmentida para enseñar, para aconsejar, para guiar la marcha vacilante de la criatura.

Y en pago de ese sacrificio de una vida entera, no se exige más que la sumision desvirtuada por el cariño, el respeto halagado por la confianza.

El respeto: hé aquí la palabra fundamento de mi leccion. Algunas personas, llevadas de celo mal entendido, se obstinan en presentarlo como barrera que se levanta entre los padres y los hijos, evitando así la confusion de sus almas; y contra esa idea he protestado, empezando por poner de relieve la intimidad que me ha unido á mis padres, engendrada por el amor y sostenida por el respeto.

Los que así discurren, no reflexionan ni sobre la importancia del respeto, ni sobre la verdadera acepcion de la palabra. El cariño no existe, no puede existir, sino estrechamente ligado con el respeto, puesto que éste es la atencion que se dispensa á alguna persona, elevada algunas veces á la veneracion, ó simplemente determinando el acatamiento: las dos interpretaciones caben en el respeto que debe unir á los padres y á los hijos en sus íntimas relaciones. El hijo respeta al padre, venerándole; el padre respeta al hijo, tratándole con atencion. El amor sin el respeto no es amor; en levantándose el segundo como barrera, se separan, y toma el nombre de vasallaje.

El padre y el maestro necesitan del halago para triunfar del niño; así se familiariza éste con los que han de dirigir su corazon y su inteligencia; y así alcanza el cariño lo que no alcanza el terror, agente contrario para el fin que aquellos deben proponerse.

El respeto es la seguridad del cariño; él señala á cada cual su puesto y la distancia que debe separarlos, á fin de evitar los abusos de la confianza, tan perjudiciales para el cariño mismo. El padre que ama al hijo, ¿cómo ha de proponerse colocar á distancia lo que lleva en el corazon? Y si el hijo ama al padre, ¿cómo ha de negarle el respeto que exigen su calidad, sus años y sus derechos, sabiendo que al perder el respeto se acaba el cariño? Y no sólo es aquél una condicion de éste, sino el móvil principal que le da fuerza, consolidándolo; si el hijo lo pierde, se precipita en el abismo; si lo pierde el padre, renuncia á un derecho sagrado, puesto que rebaja al que debe enseñar á enaltecerse.

¡Desgraciado el hijo que pierde el respeto á su padre! Si los errores de éste le inducen á no seguir sus huellas, procure siempre correr un velo sobre sus faltas, y honre su nombre, llorando su desventura; pero nunca le abandone, ni trate de alzar la voz para reprender sus fal-

tas; el hijo tiene contra su padre extraviado un arma poderosa: la persuasion.

Tú, padre mio, que tan noble fuiste conmigo, que sembraste mi vida de placeres, puesto que á tus consejos debo la felicidad que me rodea; tú que me enseñaste á ser bueno y á buscar en la familia los verdaderos goces de la existencia; tú para quien tuve siempre tanto amor como respeto, levanta la voz en tu ancianidad para que mis hijos oigan de tu boca la confirmacion de mis palabras, y robustecidos con tan buena preparacion, sean mañana para mí lo que para tí he sido yo, y seguiré siendo mientras Dios me permita poner los labios en tu frente venerable.

XII.

EL AMOR DEL ALMA.

A LA MEMORIA DE MI MADRE.

Niños, los que teneis madre, venid á mí para enseñaros á dar gracias á la Providencia porque os la conserva.

Los que no teneis madre, venid tambien para enseñaros á llorar. Mi corazon está abierto al mayor de los dolores por una pérdida que lloraré toda la vida.

Mi madre murió para el mundo, pero vive siempre para mí; en mi alma está grabada su imágen; en mi pecho tiene un altar; mi pensamiento le ha levantado un trono; de mi frente nunca se borrará el primer beso que recibí en la tierra al ver la luz: ósculo santo, estrella de mis pasos para llevarme por el camino del bien. ¡Para su amor es poco tributo toda mi alma! ¡Para su memoria es poca ofrenda una lágrima y una oracion! ¡Pero yo, mísero mortal, no tengo más que ofrecer á la que consa-

gró su existencia entera en holocausto de mi felicidad! ¡Bendita seas, madre mia! Mi plegaria es pobre de palabras, pero rica de fervor, y llegará hasta tí, que el cielo en donde habitas no rechaza las bendiciones del justo. Para el cielo no hay más galardon que la bondad; no hay más grandeza que la de Dios; no hay más hermosura que la virtud.

¿Sabeis lo que es una madre?—Volved la cara á vuestro alrededor, y por todas partes vereis un ángel de la Guarda que os sigue y os vigila para tenderos su mano protectora.

Ese ángel de la tierra que cubre con sus cariñosas alas á la criatura que nace, que le presta calor con el soplo de sus besos, que le da por alimento su propia sangre, que le marca con los ojos y con el pensamiento el sitio en donde ha de poner el pié, que le ilumina la razon, que le abre el alma á las sensaciones legítimas, que le enseña á adorar el santo nombre de Dios, que la detiene al borde del abismo para que conozca el peligro, que la recoge al caer y la ayuda á subir, que pierde su tranquilidad y renuncia á todos los goces del mundo, que la premia con placer y la castiga con dolor, que le indica las ideas que han de conquistarle la paz en esta vida y la gloria en la otra, que no exige recompensa, ni ambiciona más

que el bienestar de esa criatura, ¡ese ángel es una madre!

Una madre no es una mujer; llamada por la Providencia á representarla en la tierra, no puede confundirse con los séres terrenales, en cuanto se la considere en la sagrada mision que desempeña. Cuando ois sus consejos, deposita en vuestra frente el beso de la gratitud; cuando os lanzais por la senda de los extravíos, en vez de abandonaros y de maldeciros, eleva á Dios una oracion para que os inspire con su mágica influencia, pidiéndole que no castigue vuestro olvido.

¡Eso es una madre! Ese tesoro poseen los niños que tienen madre; ese tesoro hemos perdido los que la lloramos toda la vida.

¡No hay más que una madre! ¡Ese amor del alma no se puede falsificar! ¡Los que la teneis viva, dadle todo vuestro respeto en pago de su abnegacion! ¡Los que la llorais muerta, dadle toda vuestra veneracion en pago de su cariño!

FIN.

DOCUMENTOS OFICIALES.

GOBIERNO SUPERIOR POLÍTICO DE LA PROVINCIA DE CUBA.

Direccion de Administracion.

SECCION DE INSTRUCCION PÚBLICA.—Vista la instancia en que el Sr. D. Teodoro Guerrero, autor de las *Lecciones de mundo*, solicita que se adopte como texto en las escuelas de la Isla un nuevo libro de lectura en prosa, que ha compuesto con el título de *Lecciones familiares*.

Visto el informe de la Excma. Junta Superior de Instruccion pública, que manifiesta que dicho libro es útil y conveniente para el fin á que lo ha destinado su autor, porque además del lenguaje rico y flexible que ha usado, las máximas que en él se contienen son de la más exquisita moralidad, dignas de que se fijen como ejemplo saludable en la imaginacion de la juventud, el Excmo. Sr. Gobernador Superior político se ha servido declarar dicha obra de texto de lectura para todas las escuelas de la Isla.

Lo que de órden del Excmo. é Ilmo. Sr. Director se publica en la *Gaceta oficial* para general conocimiento.

Habana 8 de Marzo de 1869.—El Jefe de la Seccion, *Diego García Nogueras*.

JUNTA SUPERIOR DE INSTRUCCION PÚBLICA DE LA ISLA DE CUBA.

SECCION PRIMERA.—Excmo. Señor.—El escritor diserto y elegante, el distinguido literato Sr. D. Teodoro Guerrero, ha presentado al Gobierno un nuevo opúsculo destinado á enriquecer nuestra escasa literatura de instruccion infantil ó primaria, con el objeto de ofrecer un texto de lectura útil, amena y bajo todos títulos recomendable para las escuelas elementales y superiores de enseñanza primaria. Intitúlase la obrita *Lecciones familiares*, y su exámen se ha sometido á la Seccion primera que ahora tiene el honor de informar. Las *Lecciones familiares*, obra más levantada que las *Lecciones de mundo*, del propio autor, por la clase de alumnos á que se destina, no se halla ménos llena que ésta de máximas y útiles instrucciones que elevan la razon de los niños, moralizan su corazon y preparan su débil inteligencia al más árido estudio de las ciencias y á la práctica y aplicacion de las virtudes públicas y privadas.

Como era regular, el libro se abre con una sentida invocacion á los padres de familia; porque fué la inspiracion de uno de ellos al constituirse al frente de la suya, y reconocer á cuánto le obligaba este carácter para con ella y para con la sociedad: es el padre el que escribe, y como tal, expresa un sentimiento comun á la paternidad, y de que todos los demás deben y pueden participar.

Se dirige despues á su estimable compañera, á su muy digna esposa, que ha dividido con él la difícil tarea de tan grata colaboracion; y nada hay más noble

ni más bien sentida que esa introduccion que la dedica, y á que pone por título *El Código moral*, porque son principios, son leyes de la más estricta y pura moralidad los que se desenvuelven en tan interesante capítulo.

Los libros, lema del siguiente, es un resúmen bien escrito de cuanto bueno puede decirse de ellos: son los consejeros más sinceros y leales, los amigos más desapasionados; sirven de consuelo en la adversidad, de amena instruccion y solaz en las épocas más venturosas de la vida, dulcifican nuestros sinsabores, viajan con nosotros y nos acompañan hasta la tumba; pero entre esos libros hay uno que es superior á todos, que es un tesoro de sabiduría y de bondad, que debe constituir parte de nuestra existencia, que nos hace esperar todo lo que es posible y creer cuanto es justo y racional: ese libro divino es la Biblia, y merece nuestro reconocimiento el escritor y el padre que así intenta infiltrarla en el corazon de sus hijos.

La hermosura es un bello cuadro en que se apuran todas las gracias de la buena diccion y del estilo. *La virtud*, de un género más severo, contiene preceptos y consejos admirablemente bien calculados para inspirar en el corazon de una niña cuanto reclama esa alta y honrosa perfeccion.

El honor da lugar á consideraciones de la más espléndida y elevada moralidad, y á la discusion hábil y bien sostenida sobre el duelo, el suicidio y algunas otras prácticas que el mundo suele á veces aplaudir, pero que no por eso dejan de ser realmente vituperables. *Las virtudes teologales* y *La bondad*, así como *La educacion del hombre* y la *de la mujer*, son lecciones que deben constantemente inculcarse á los niños, y que contienen cuanto les toca hacer para que sean ci-

tados como modelos de religiosidad, bondad y buena educacion.

El respeto, dirigido á su padre, y *El amor del alma*, á la memoria de su madre, son dos trasportes de terneza y consideracion, con que el hijo sensible y agradecido honra el recuerdo y expresa con la efusion del más vivo sentimiento la estimacion que es debida á los autores de su existencia.

Tal es, en resúmen, y por brevísimas y ligeras apuntaciones, el notable opúsculo que ahora presenta el señor D. Teodoro Guerrero; corresponde dignamente al objeto á que lo ha consagrado, y la Seccion no puede ménos de recomendarlo al Gobierno como muy propio para servir de texto de lectura en las escuelas elementales y superiores de instruccion primaria de esta isla.

Habana 4 de Marzo de 1868.—Excmo. Sr.—*Joaquin Santos Suarez.*—Excmo. Sr. Gobernador superior civil.

GOBIERNO SUPERIOR CIVIL DE LA ISLA DE PUERTO-RICO.

Direccion de Administracion.

PUERTO-RICO 30 *de Noviembre de* 1868.

Vista la peticion del Sr. D. Teodoro Guerrero, para que se adopte como texto en las escuelas de la Isla un libro de lectura en prosa que ha compuesto con el título de *Lecciones familiares.*

Visto el informe de la Junta Superior de Instruccion pública; en uso de las facultades de que me hallo re-

vestido, declaro dicha obra una de las de texto de lectura para todas las escuelas de la Isla, haciéndose público este decreto por medio de la *Gaceta oficial*, donde tambien se insertará el informe de la Junta, con objeto de que llegue á conocimiento de las locales y de los maestros de instruccion primaria elemental y superior, á fin de que obra tan importante se emplee en la enseñanza de la lectura.—*J. Pavía.*

JUNTA SUPERIOR DE INSTRUCCION PÚBLICA DE PUERTO-RICO.

Excmo. Señor.—Debiendo, por encargo especial de la Junta Superior de Instruccion pública, dar mi dictámen sobre el mérito de las *Lecciones familiares* que el Sr. D. Teodoro Guerrero ofrece á los niños y adolescentes, confieso que es para mí tarea harto difícil en las circunstancias que en estos momentos me rodean; pero sin embargo, lo emitiré con brevedad y franqueza en obsequio de la respetable corporacion que me lo pide, á la que con pena de mi alma dejaré de pertenecer dentro de breves dias.

Intitúlase la obra, con mucha propiedad, *Lecciones familiares*, no tanto, á mi entender, porque sean acomodadas á la capacidad de los niños hasta el extremo de verse su autor precisado á encoger las alas de su elevada inteligencia, sino por los muchos y sazonados frutos que su lectura ha de atraer sobre las familias que tuvieren la dicha de poseerlas; y decir que el señor Guerrero ha tratado en esta obrita de no remontar el vuelo á las alturas que suele, es para mí el mérito más

notable de sus *Lecciones*. Cuando el autor escribió los *Cuentos de salon*, se propuso por objeto, dadas á conocer las excelencias y felicidad de la familia, estimular á los jóvenes á que se acogieran, como á puerto seguro, al santo matrimonio, cuyo sólo nombre hace hoy dia estremecer á tantos ilusos. Aleccionado por la propia experiencia, provisto de buen caudal de observaciones, fruto de estudios plolijos del corazon humano y de la lectura de autores nacionales y extranjeros, camina el Sr. Guerrero, en la citada obra, al logro de sus deseos con relaciones curiosas é interesantes, con descripciones gráficas y vivos retratos de las distintas séries de ilusiones y desengaños, por las que suelen pasar los que corren desalados en pos de la felicidad, buscándola allí donde no es posible encontrarla.

La elevacion de las ideas compite con la del estilo; sin embargo, á pesar del indisputable mérito de los *Cuentos de salon*, hablando con franqueza y sinceridad y fundado en el discurso más que en los hechos, me aventuro á decir que el fruto no habrá correspondido á los justos deseos del autor por la indocilidad de los lectores. Creo que no le sucederá lo mismo con las *Lecciones familiares*, porque el lector es muy distinto. En los niños, cuyas inteligencias no se han oscurecido con el error, oscuridad mucho más funesta que la de la ignorancia; en los niños, cuyos corazones no han tenido que luchar con las malas pasiones, va á recoger el Sr. Guerrero, segun mis pobres cálculos, frutos maravillosos. Son la *tábula rasa*, de Saavedra Fajardo, y en ese lienzo limpísimo va á escribir el autor de las *Lecciones familiares*, máximas sublimes, teóricas y practicables, de elevacion incomensurable, sacadas muchas de ellas del tesoro de celestial sabiduria, el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; y bajo este

concepto, creo que en nada desmerecen esas *Páginas* de los *Cuentos de salon*. Tienen ménos elevacion en la apariencia, mayor en la realidad; la elevacion en los *Cuentos de salon*, por lo que hace al estilo, supera á la de las *Lecciones familiares*, si se consideran en absoluto las dos obras; la elevacion de conceptos no, aunque sí la sutileza, puesto que es, no sólo moral, sino metafísicamente, imposible inventar un órden moral y religioso superior al que manifestó al mundo la sabiduría eterna.

El Sr. Guerrero, que es padre, habla sin recelo á sus hijos, y á todos los hijos de familia, y no son bastantes á contener los nobles ímpetus de su corazon católico consideraciones de ninguna especie. Al hablar con los adultos, arrebatados en medio del mundo por el funesto vértigo de mentidas ilusiones, tal vez se contenta con lanzar un sordo quejido, un ¡ay! lastimero contra el duelo y el suicidio; pero no se expresa así con los niños; no transige con esos horrorosos crímenes, última potencia de la insensatez y la barbarie; los mira de frente, los maldice, y derriba del altar que les ha levantado el genio de las locuras.

Alcanzamos tiempos tan desgraciados, están tan pervertidos los juicios, que parece á muchos la mayor de las inconveniencias, el punto más alto á que puede llegar la ridiculez, recordar el Santo nombre de Dios. ¡Ah, infelices! ¡Ah, insensatos! ¡Si alguna vez toman en su boca el sacrosanto nombre de Jesus es para desconocerle y blasfemar! Pues bien: el Sr. Guerrero en su obrita, que recomiendo á la Junta Superior de Instruccion pública, no se contenta con esa moral que no llena el corazon; es hombre de fe viva y de valor; quiere que sus hijos se abismen en el amorosísimo seno del que los sacó de los insondables abismos de

la nada para ser otros dioses, segun la expresion de San Pedro, y pone como fundamento de su educacion el santo temor de Dios, principio de la sabiduría. El Sr. Guerrero, al tratar de la fe, nos cautiva con este bellísimo concepto de suma verdad, y fecundo en consecuencias utilísimas: que la fe no es oscura por falta de luz, sino porque no hay pupila que resista aquel manantial perenne de eternos y vivísimos resplandores.

El cuadro sobre *La educacion de la mujer* es su bello ideal; es el retrato que de la mujer fuerte hace el más sabio de los Reyes; pues para él no es la mujer un ídolo expuesto á los irreverentes cultos del sensualismo.

De más está decir que el lenguaje es rico y elevado; la fluidez, soltura y armonía, semejan las aguas mansas de un arroyo que serpentea por cauce de flores sin tropezar con una guija. Cada página es un cuadro de vergel; en todas se aspira la aromosa fragancia del más puro de los amores: el amor de la niñez; todas las ha coloreado con bellos tintes de poesía, que sonreirán á las imaginaciones vírgenes de la infancia.

¡Dichoso el autor de estas páginas! que aunque sean un juguete de su pluma, son hijas de algunos ratos de ócio y solaz, expansiones de su corazon paternal al contemplarse en el seno de su envidiable familia; todos los padres le bendecirán agradecidos y dirán que el Sr. Guerrero ha merecido bien de la familia.

Puerto-Rico 18 de Octubre de 1868.—El vocal ponente. *José María Lluch.*—Excmo. Sr. Gobernador Superior civil.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Direccion general de Administracion y Fomento.

Por este Ministerio, y con esta fecha, se ha comunicado á los Gobernadores Generales de las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, la siguiente Real órden:

«En vista de una instancia presentada por D. Teodoro Guerrero, en solicitud de que, al formarse las listas de textos para el próximo trienio, se tengan presentes sus obras *Lecciones de mundo* y *Lecciones familiares* para que se sigan utilizando en los establecimientos de enseñanza: Considerando que ambas obras han sido favorablemente informadas por las Juntas Superiores de Instruccion pública de Cuba y de Puerto-Rico y declaradas de texto por los respectivos Gobernadores Superiores civiles en 1.° de Diciembre de 1862 y 3 de Noviembre de 1863 la primera, y en 8 de Mayo de 1869 y 30 de Noviembre de 1868 la segunda: Considerando que las obras citadas figuran en las listas últimamente remitidas por el Gobierno General de Cuba, y que estas fueron aprobadas por Real órden de 26 de Julio último; prévio informe del Consejo de Instruccion pública, S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido á bien declarar que los dos libros *Lecciones de mundo* y *Lecciones familiares* pueden servir de texto en las provincias de Ultramar.»

Lo que traslado á V. S. para su conocimiento y satisfaccion.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 18 de Febrero de 1876.—El Director general, *Enrique de Cisneros*.—Sr. D. Teodoro Guerrero.

INDICE.

	Páginas.
Á mis padres.—Á mi esposa.—Á mis hijos.....	5
Prólogo.....	7
Á los padres de familia.....	17
El Código moral.—*Á Aurora*.....	23
Los libros.—*Á Teodoro*.....	27
La hermosura.—*Á Emma*.....	34
La virtud.—*Á María*.....	42
El honor.—*Á Teodoro*.....	50
Las virtudes teologales.—*Á Lidia*.....	59
La bondad.—*Á Leopoldo*.....	69
El miedo.—*Á Emma*.....	74
La educacion del hombre.—*Á Teodoro*.....	81
La educacion de la mujer.—*Á María*.....	87
Las pasiones.—*Á Teodoro*.....	93
El respeto.—*Á mi padre*.....	104
El amor del alma.—*Á la memoria de mi madre*..	110
Documentos oficiales.....	113

OBRAS DE D. TEODORO GUERRERO.

NOVELAS.

Una perla en el fango. 5.ª edicion.—Publicada en los CUENTOS DE SALON.
Madrid por dentro. 3.ª edicion. Dos tomos.—Idem.
Anatomía del corazon. 12.ª edicion. Dos tomos.—Idem.
* *Una historia de lágrimas.* 4.ª edicion.—Idem.
Fea y pobre.—Idem.
* *La camelia y la mariposa.* 5.ª edicion.—Idem.
La manzana de la discordia. 3.ª edicion.—Idem.
El Vellocino de oro. 3.ª edicion.—Idem.
El sueño de la felicidad.—Idem.
La nube negra. 2.ª edicion.—Idem.
* *Historia íntima de seis mujeres.* 4.ª edicion. Habana, 1859.
* *La Habana por fuera.* Habana, 1866.
El escabel de la fortuna.—Publicada en la BIBLIOTECA AZUL.
Los mártires del amor.—Idem.
Cuentos sociales.—Idem.

TEATRO.

Siglo XVIII y siglo XIX. Comedia en un acto, estrenada en el teatro de Variedades de Madrid. Enero de 1851.

Cárlos Broschi. Zarzuela en tres actos, música de D. Joaquin Espin y Guillen, estrenada en el teatro de San Fernando, de Sevilla. Abril de 1853.

Tales padres, tales hijos. Comedia en un acto, estrenada en el teatro del Príncipe, de Madrid. Febrero de 1854.

Los jardines del Buen-Retiro. Zarzuela en tres actos, música de D. José Manzocchi, estrenada en el teatro del Circo, de Madrid. Abril de 1854.

La escala del poder. Drama en tres actos y un prólogo, estrenado en el teatro del Príncipe, de Madrid. Abril de 1855.

La cabeza y el corazon. Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de Tacon, de la Habana. Noviembre de 1861.

La filosofía del vino. Fábula en accion, estrenada en el teatro de la Alhambra, de Madrid. Febrero de 1874.

Sermon perdido. Proverbio en un acto, estrenado en el mismo teatro, en igual fecha.

Estas obras forman parte de las galerías dramáticas de los Sres. Delgado, Gullon y Regoyos.

OBRAS VARIAS.

Las Llaves. Sátira social.

Lecciones de mundo. Páginas morales en verso. 7.ª edicion.

Lecciones familiares. Idem en prosa. 4.ª edicion.

Pleito del matrimonio, seguido en verso con D. R. Sepúlveda y otros escritores. 3.ª edicion.

POST-DATA.

Se incluyen en este catálogo (aunque por fortuna no existen ejemplares de las obras), los títulos de las siguientes, que su autor considera hoy como pecados literarios de la primera juventud:

* *Quita-pesares.* Biblioteca burlesca, en union de D. A. A. de Orihuela. Habana, 1845.

* *Totum Revolutum.* Tomo de poesías. Habana, 1846.

* *Diccionario filosófico del amor y las mujeres.* 2.ª edicion. Madrid, 1848.

* *Páginas de un demente.* Baturrillo de artículos y poesías. Madrid, 1849.

* *Una historia del gran mundo.* Novela. Madrid, 1851.

Las obras que llevan al márgen este signo * están agotadas.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

Las huellas del crímen. Novela cubana. Dos tomos.

Las trece noches de Cármen. Encantos de la vida ideal.

Fábulas en accion. Cuadros dramáticos en verso contra los vicios y preocupaciones sociales.

CUATRO REALES EN TODA ESPAÑA.

Se vende en Madrid, en las librerías de Sanchíz, plaza de Matute, 2, y de Hijos de Gonzalez, calle de Vergara, 10. Pedidos de provincias, al autor, calle de Claudio Coello, 13, principal.

En la Isla de Cuba, la Agencia de la obra es la *Galería literaria*, en la Habana, calle de Cuba, 72, la que marcará el precio.

En Puerto-Rico, los Sres. Gonzalez y Compañía, calle de la Fortaleza, 15.

En los mismos puntos se venden los *Cuentos de salon*, la *Biblioteca azul*, la sátira social *Las Llaves*, el *Pleito del matrimonio* y demás obras de Guerrero.

LECCIONES DE MUNDO

PÁGINAS MORALES EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO.

Sétima edicion aumentada.

Se vende al mismo precio y en los mismos puntos que las *Lecciones familiares*.

L47